BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

¿HOMBRES O MAQUINAS?

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



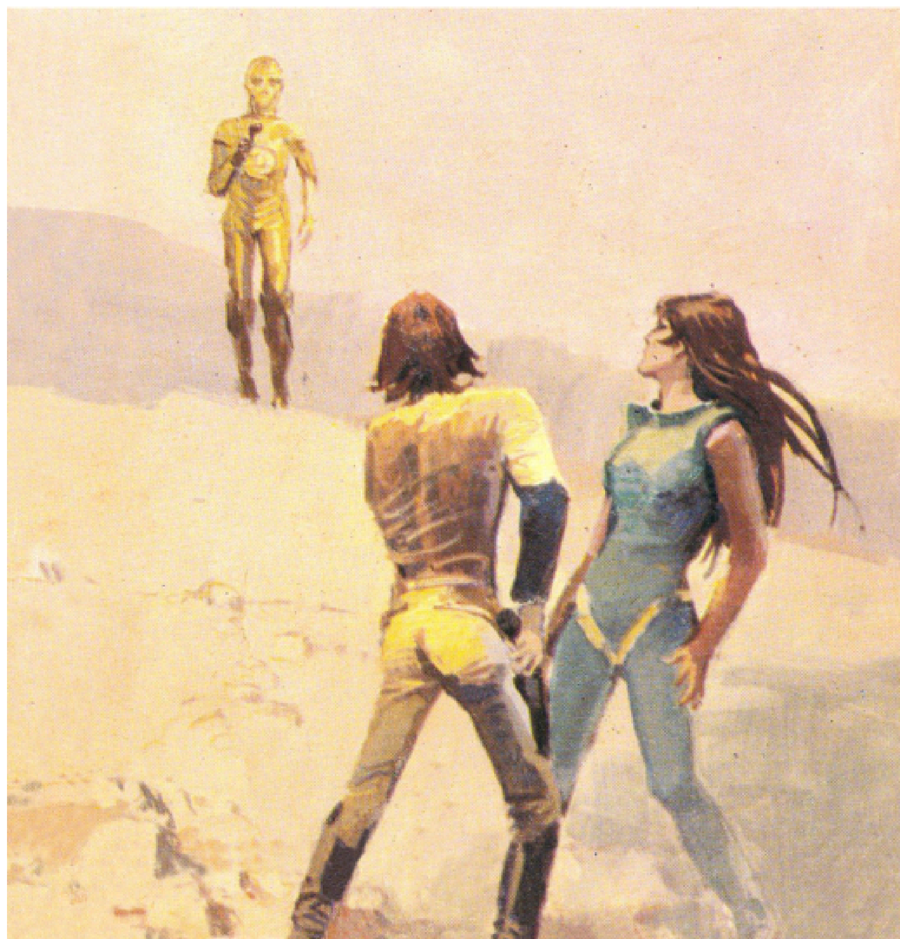
BOLSILIBROS BRUGUERA

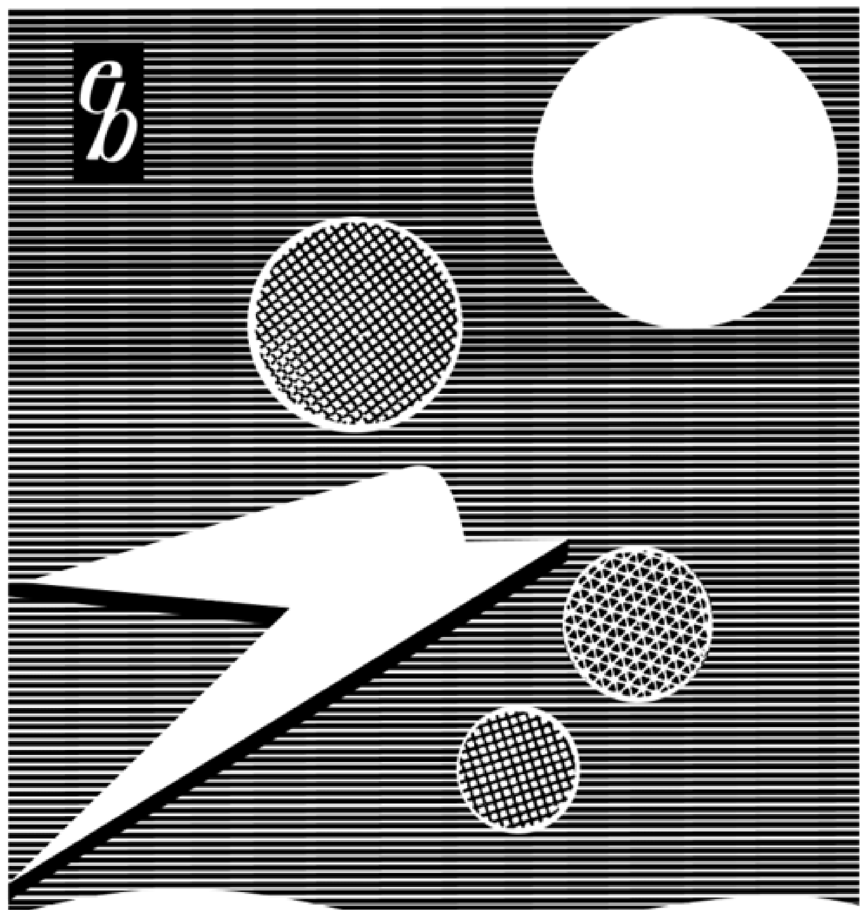
la conquista del ESPACIO

¿HOMBRES O MAQUINAS?

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

¿HOMBRES O MAQUINAS?

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 438

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 38.085 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

433— El horror llegó del mar – *Curtis Garland*

434— Poder sin límites - *Glenn Parrish.*

435— El éxodo de los dioses. - *Kelltom Mclntire.*

436— El enigma del microcosmos - *Ralph Barby*.

437— Los vigilantes del Cosmos. - *Joseph Berna.*

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre corría desesperadamente a través del espeso bosque. El miedo se reflejaba en su cara. Era todavía joven y fuerte, y cualquiera que lo hubiera visto —de haber sido posible—, habría pensado que su misma edad y fortaleza física debieran haberle servido para acorazarse contra el miedo que, salvo el veloz movimiento de sus piernas, le impedía hacer cualquier otra cosa.

Una vez tropezó en una raíz saliente y cayó cuan largo era, pero se levantó inmediatamente. Presentía que el peligro del que huía, se acercaba cada vez más, y sus perseguidores eran mucho más fuertes que él. Bill Randall tenía la seguridad de que podían estar corriendo días enteros sin pararse un solo minuto para descansar. Apenas había tenido trato con aquellos individuos, pero les consideraba sobrehumanos.

Una vez se preguntó por qué no les habían enseñado a afrontar situaciones como la suya. Sí, poseía una gran cantidad de conocimientos técnicos, pero, como simple ejemplar de hombre, era desastroso.

Había llegado a aquel mundo con una compañera. Ella no había podido escapar. Lucy Dwiss, aparte de su sexo, era aún mucho más débil que él. Mansamente se había entregado a su triste suerte, confiando acaso en escapar por otros medios.

Pero Randall sabía que no había más que una forma de escapar: alcanzar su nave y alzar el vuelo.

El bosque se acabo de pronto, y se encontró ante una vasta llanura, cubierta de hierba rojiza ya agostada. Hizo alto un momento; sentía que sus pulmones estaban a punto de estallar, y los costados le dolían horriblemente. Aun a riesgo de reducir la ventaja que habían sacado a sus perseguidores, se dijo que era preciso hacer un alto o se desplomaría antes de cubrir cien metros más, tan reventado como un caballo después de una larga galopada.

Puso las manos en los costados y aspiró el aire repetidas veces, largamente, enviando torrentes de oxígeno a su sangre. El pulso se normalizó un tanto y el dolor de los costados se alejó agradablemente.

Sin embargo no quiso sentarse. Sabía que si lo hacía, no tendría

fuerzas suficientes para levantarse. Estuvo así diez minutos, y luego echó a andar con paso normal, como si estuviera dándose un paseo por el campo.

Diez minutos más tarde, se puso al trote. El ardid dio resultado. Ahora se notaba con nuevas fuerzas. Pegados los codos a los costados, inspiraba y respiraba rítmicamente. Su velocidad, calculo, era de unos doce kilómetros a la hora.

Un cuarto de hora después, aceleró el paso, en carrera no demasiado rápida. Ahora necesitaba bracear, pero movía las piernas a largas zancadas. Lenta e insensiblemente, la llanura fue quedando atrás.

A pesar de todo, Randall sabía que no podría aguantar mucho más. Un kilómetro, dos tal vez. Pero tenía que hacer aquel último esfuerzo. La salvación estaba al otro lado de aquellas distantes lomas que formaban el horizonte.

De nuevo volvieron los sufrimientos. En contra de su voluntad tuvo que ponerse al paso. Ahora caminaba mecánicamente, movido por el instinto primario de la conservación de la existencia. Chorros de sudor brotaban de todos los poros de su cuerpo. Un último anhelo de sobrevivir le hacía moverse como un autómata.

Por fin alcanzó la base de la primera loma. Al otro lado, a menos de seiscientos metros, estaba la salvación.

Ahora ya había matorrales y arbustos. De pronto, divisó una pequeña corriente de agua y se abalanzó a ella, con el ansia de un naufrago. Bebió ávidamente, al mismo tiempo que se mojaba el cuerpo por completo. La frescura del líquido le infundió un nuevo vigor.

Era el momento del último esfuerzo. Unos minutos más, y estaría a salvo. De nuevo echó a correr, sin parar mientes en la cuesta que tenía que subir. Al fin, alcanzó la cima, avanzó unos metros más, y entonces vio algo que le hizo sentirse absoluta y definitivamente derrotado.

Su nave había quedado en la vaguada del otro lado. Ahora no era más que un montón de piezas, absolutamente inútiles, como no fuera para fundirlas en algún alto horno. Alguien había desguazado la astronave.

¿Ellos?

Anonadado, cayó de rodillas, absolutamente desmoralizado. Ahora sí

estaba seguro de su total derrota.

El tiempo se le pasó sin sentir. Creyó oír pasos, y alzó la cabeza.

Dos hombres caminaban hacia él. Les miró fijamente. Tenían una figura enteramente humana, pero aquel brillo metálico de su piel...

Más pasos sonaron a su derecha. Y a su izquierda, y a su espalda. Randall se puso en pie. Giró lentamente sobre sus talones.

Estaba completamente rodeado por los hombres de piel metálica.

El silencio de la cumbre de la loma fue rasgado, de pronto, por un agudísimo grito de terror.

* * *

El general Tarnigan mordió su cigarro con furia, mientras se paseaba a lo largo de la habitación.

—Otra expedición perdida en Khator —dijo—. Y van tres... y aún no sabemos qué les ha pasado a los expedicionarios.

—Será preciso enviar la cuarta expedición, general —indicó Igor Petrov, gobernador general de la X Colonia Terrestre en el I Sistema de Vega.

Tarnigan se volvió bruscamente.

—Igor, esos hombres que se han perdido son míos —contestó—, Bueno, hombres y mujeres, porque los expedicionarios eran de ambos sexos. Y no estoy dispuesto...

—General, usted, como yo, somos simples cumplidores de órdenes que se nos transmiten desde el despacho de la Presidencia. El Presidente, por otra parte, actúa debida y competentemente asesorado por quien tiene conocimientos sobre el particular. Entonces, él toma sus decisiones, también de acuerdo con su gabinete, y nosotros, tras haber formulado las observaciones pertinentes, tenemos la obligación de cumplirlas. O si no nos gustan esas órdenes, debemos dimitir.

Tarnigan miró fijamente a su interlocutor.

—Igor, usted tiene ambiciones políticas, ¿no es cierto?

—En sus hombreras, general, veo una sola estrella. Ahora tiene cuarenta años. Antes del medio siglo, querrá tener cinco estrellas. ¿Debo reprocharle yo su ambición de llegar al punto culminante de su carrera militar?

Tarnigan asintió pesadamente. No cabía duda, Petrov, pese a su juventud, era todo un hábil político. O no estaría al frente del gobierno de la X Colonia.

Se pasó una mano por la frente.

—Dispense, Igor —murmuró—. La falta de noticias de Randall y Dwiss me ha puesto nervioso. Podemos darlos por perdidos, pero creo que tiene usted razón; es preciso enviar otra expedición, y otra y otra… hasta que se sepa con claridad lo que sucede en Khator.

—Celebro que empiece a cambiar de opinión —sonrió Petrov—. ¿Sabe usted? Nosotros, los políticos, hemos de tener obligatoriamente visión de futuro. El que carece de esa cualidad, debe retirarse de la política… o convertirse en un politicastro. Pero los politicastros suelen acabar mal…

—Aunque ricos, en ocasiones —dijo Tarnigan.

—Ciertamente, pero no son recordados por la gente, cuando no acaban en la cárcel, de mala manera. La política, ante todo, es habilidad… pero como iba diciendo antes, es preciso mirar hacia adelante, hacia el futuro. Estamos terminando el tercer milenio, después de Cristo. En menos de mil años, desde que se pudo realizar el primer viaje interestelar, los terrestres nos hemos expandido como langostas por esta zona de la Galaxia. Algún día, quizá, llegaremos a Andrómeda, a dos millones de años luz de la Tierra, pero, por el momento, hemos de conformarnos con el Sistema de Vega, a sólo veintisiete años luz de nuestro planeta madre.

Petrov, alto, elegante, distinguido, pero no. afectado, juntó las yemas de sus dedos y prosiguió:

—En el X Sistema empiezan a notarse ya los primeros síntomas de falta de espacio. Oh, claro que si hiciéramos como en la Tierra, a finales del segundo milenio, con un solo planeta, tendríamos más que suficiente. Bastaría con levantar miles de rascacielos, decenas de miles de colmenas humanas y así, toda la población del sistema podría concentrarse en un millar de kilómetros cuadrados, y en un solo

planeta. Pero ésta no es la solución, no se descubrió la forma de viajar más rápido que la luz para vivir de la misma forma en que se vivía hace mil años en la Tierra. Ahora la gente quiere espacios libres, abiertos, con facilidad de comunicaciones, por supuesto, pero muy pocos tolerarían vivir en una casa de tres o cuatro plantas, cuanto más en un rascacielos de dos o trescientos pisos. Por dicha razón, en los cuatro planetas habitables de este sistema, empezamos a notar ya falta de sitio.

—Lo sé, Igor —gruñó Tarnigan—. Por esa razón, el gobierno ha decidido colonizar Khator, intacto hasta ahora. Sé que es un planeta perfectamente habitable, con agua y atmósfera respirable, con abundancia de vegetación y animales útiles, y de un tamaño muy aproximado a la Tierra. Pero está algo alejado del centro del sistema y, por dicha razón, lo hemos dado de lado hasta ahora. Sin embargo, si cada vez que se envíe una expedición para realizar una misión exploratoria, se ha de perder, entonces, será cosa de enviar al diablo ese maldito planeta y…

—No se excite tanto, general —sonrió Petrov—, Hay una solución, si me permite expresarla.

—Por favor, soy un subordinado —dijo Tarnigan, con toda cortesía.

—Usted tiene unos equipos de astronautas exploradores muy eficaces en la técnica, pero terriblemente deficientes en otros aspectos. Sus hombres están instruidos para manejarse con un enorme número de máquinas e instrumentos auxiliares de todas clases. Pero, dígame, ¿a cuántos de ellos ha hecho realizar un período de entrenamiento para supervivencia?

Tarnigan abrió la boca.

—Esos son ya procedimientos anticuados. No se usan desde hace… Bueno cuando yo ingresé como cadete, ni se hablaba ya de ese programa de entrenamiento.

—Error, error mayúsculo de los autores de tales programas de instrucción —dijo Petrov, sin inmutarse—. Si un explorador no sabe encender fuego frotando dos palitos, y no es capaz de comer carne de lagarto, cuando no tiene víveres, no es digno de llamarse explorador.

—Igor, voy a vomitar, si sigue hablando así —protestó Tarnigan—. Nuestros exploradores han ido provistos de los mejores medios…

—Y no les han servido de nada.

Tarnigan calló un instante. .

—Presiento que va a sugerirme un nombre —dijo.

Petrov sonrió.

—Sí —admitió.

—¿Quién?

—John Joseph Belows, alias «Tigre», y no por su fiereza, aunque lo sea en ocasiones, sino por otras cosas que no son para discutirlas en este momento.

—¡Belows! —gritó Tarnigan—. Ese indeseable... Era coronel y lo degradaron a capitán... y si de mí dependiese, le habría hecho cabo de cocina, encargado de la peladora de patatas...

Petrov se echó a reír.

—Hace tres años, antes de su degradación, volaba en una nave subatmosférica, en una misión de rutina. El aparato se estropeó inopinadamente, y tuvo que lanzarse en paracaídas, sin tiempo siquiera para usar la radio. «Tigre» cayó en la isla Thax, del Océano Amarillo. Thax es una isla desierta, poblada de animales feroces y plantas carnívoras, precisamente por lo cual, y por no exterminar la fauna y flora nativas, a beneficio de biólogos y botánicos y ecólogos de todo pelaje, Thax no ha sido habitada jamás.

—Conozco Thax. La vi desde el aire, a cien metros de altura. Es un lugar repulsivo.

—General, usted no estaba aquí cuando «Tigre», entonces teniente coronel, sufrió su accidente. Se le dio por perdido, naturalmente. Cuando aterrizó en Thax, no llevaba encima un mal cortaplumas. Once meses más tarde, había construido una balsa, en la que aparejó un mástil con vela al tercio. En la balsa llevaba víveres para dos meses, carne curada y fruta seca al sol y agua en vasijas de barro, fabricadas por él mismo. Cuando desembarcó en Puerto Oriente, pesaba solamente dos kilos menos, y tenía la más variada colección de cuchillos de hueso v piedra que jamás sería usted capaz de imaginarse. La balsa era tan grande, que incluso pudo disponer de un departamento para hacer fuego, con la leña que había llevado de repuesto. Dígame si no es ese hombre el que estamos necesitando.

—Pero es terriblemente indisciplinado. Yo fui el que propuso su

degradación.

—Lo sé, general, y no le pido que le restituya las insignias de coronel. Sólo quiero que vaya a Khator, y que averigüe lo que pasa allí, porque si no lo hace él, no lo hará nadie más… excepto si hacemos lo prohibido: esto es, un desembarco masivo de tropas de choque.

—Eso no se puede hacer —gruñó Tarnigan—. Va contra la ley.

—Precisamente, por dicha razón, he decidido enviar a «Tigre» a Khator —dijo Petrov plácidamente.

CAPÍTULO II

En aquellos momentos, el capitán Belows, sin las insignias de su grado militar, porque no llevaba encima un solo gramo de ropa, estaba muy entretenido acariciando la tersa piel de una hermosa mujer. Ella reía, visiblemente complacida de la atención que su bello cuerpo despertaba en el hombre. Belows bendecía mentalmente el momento en que se encontró con su invitada. Había demostrado conocer sobradamente las más sofisticadas artes amatorias. Sólo conocía su nombre, pero no necesitaba más.

Los labios de Belows recorrieron los rotundos senos femeninos. Ella se retorció y gimió y suspiró, mientras sus uñas se clavaban en la nuca de su apuesto acompañante. Pero en el instante crítico, se oyó el repetido tintineo de una campanilla, que sonaba según un ritmo determinado.

Belows alzó la cabeza.

—Maldición —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Belows se levantó.

—Quédate, volveré en seguida —dijo.

En su apartamiento, Belows tenía un televisor conectado directamente con el cuartel general. Mientras sé dirigía a responder, maldijo entre dientes. Ahora sólo era capitán, y no tenía por qué hacer caso a

determinadas llamadas! Pero, al mismo tiempo, sabía que no podía desatender la llamada o acabaría de soldado raso.

Tocó una tecla del televisor, que se iluminó en el

acto. La figura de un hombre de rostro estólido apareció de inmediato en la pantalla.

—Capitán Belows.

—A sus órdenes, coronel —dijo el interpelado, a la vez que se llevaba la mano derecha a la sien.

—Está desnudo —rugió el coronel Martín.

Belows, impertérrito, seguía en el primer tiempo del saludo.

—Estoy en mi casa, señor.

—Pues vístase...

—No estoy en un sitio público, coronel.

Hubo un instante de silencio.

—Acuda inmediatamente al despacho del gobernador Petrov —dijo Martín, tras la pausa—. Informaré de su falta de consideración con un superior, y propondré para que se le rebaje otro grado.

—Por mí, como si me quieren expulsar. Ya todo me da igual —contestó Belows desenfadadamente, a la vez que cortaba la comunicación.

De mal humor, volvió al dormitorio. Ella le aguardaba, en la más seductora de las posturas, con el pulgar entre los labios entreabiertos.

—Sigamos, cariño —dijo.

—Sigamos, un cuerno —refunfuñó él—. Tengo que marcharme.

La joven se sentó en la cama. Sus pechos se agitaron con el gesto.

—Ahora...

Belows abrió el armario ropero, y empezó a sacar el uniforme: camisa, pantalones con franja azul claro y botas de media caña. En las hombreras de la camsia se veían estrellas de tres puntas, insignia de su

grado. Suspiró; cuatro meses antes, había en aquellas hombreras tres medias lunas, símbolo de un grado que había perdido por… Más valía no pensar en ello, se dijo, mientras caminaba hacia el baño.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —dijo—. No sé cuándo volveré, preciosa

—Te esperaré.

—Perderás el tiempo —refunfuñó él. Presentía que la llamada le iba a tener mucho tiempo ocupado.

* * *

Igor Petrov sonreía, al entregar a Belows una copa y un cigarro.

—Siéntate, «Tigre» —dijo—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? Desde el ingreso en la Universidad, ¿no?

Belows sonrió también.

—Gobernador, me alegro de saludarte personalmente —dijo—. Llegarás muy alto, y un día serás presidente de la Tierra y sus Sistemas Subordinados.

—Aún faltan algunos años y, en política, a veces, se dan traspiés sin quererlo. Pero dejemos esto, y vayamos al grano. He hablado con Tarnigan. No quería, pero yo le he convencido… utilizando mi autoridad, claro está.

—Tarnigan no es malo. Sólo un poco rudo y algo rutinario. Imparcialmente, he de reconocer que tenía razón al degradarme. Aunque quizá aplicó los reglamentos demasiado estrictamente. En fin, no vale lamentarse, Igor.

—No lo hiciste bien. Desenmascaraste con demasiada rudeza a aquel comerciante, en lugar de obrar con un poco más de diplomacia o esperar algún tiempo. Sabías ya mi nombramiento, creo. ¿Por qué no dejaste pasar unas cuantas semanas?

—Le pillé cuando iba a vender nada menos que diez mil barricas de alcohol a los indígenas de Haphastar II. No pude contenerme…

—Y tenía influencias, v sus amigos no pudieron perdonar, no el negocio perdido, porque no podían hacerte nada, sino los seis o siete huesos que le rompiste.

—Escucha, Igor, esa pobre gente de Haphastar...

—Sé lo que pasa allí y, entre otras cosas, he venido a remediar su situación —le interrumpió Petrov—. Deja a la gente de Haphastar de mi cuenta, y concéntrate en Khator.

Belows parpadeó.

—Khator, ¿eh?

—Sí. Sabes, mejor que yo, que han desaparecido tres expediciones. Necesitamos averiguar las causas, para iniciar el proceso de poblamiento de ese planeta. Y no podemos enviar un ejército, porque lo prohíben las leyes interplanetarias. Pero de leyes entiendes un rato, aunque, a veces, te pases el código por debajo de las piernas.

—¿Tendré que hacerlo ahora también? —sonrió Belows.

—«Tigre», es posible que en Khator te encuentres con nativos hostiles, pero también degenerados, después de trescientos años de aislamiento total.

—¿Aislamiento sólo desde hace trescientos años? ¡Llevan aislados desde el principio del universo, Igor!

—Te equivocas, «Tigre». Toma, lee.

Belows se colocó el cigarro en un lado de la boca, y empezó a leer el documento que le había entregado su antiguo condiscípulo, y ahora superior suyo. Al terminar la lectura, se sintió completamente desconcertado.

—De modo que hace trescientos años, una expedición terrestre llegó a Khator —dijo.

—Sí. Es un incidente completamente olvidado. Nadie lo recordaba... —Petrov soltó una risita—. La vida media actual del hombre es de casi doscientos años, pero, aun así, demasiado poco para que nadie se acordase de la expedición perdida.

—Y tú, ¿cómo llegaste a enterarte de este incidente?

—Porque me nombraron gobernador del X Sistema, y tuve que

informarme de muchas cosas que desconocía sobre los planetas que lo componen. Entonces, observé con asombro que de Khator había muy pocos detalles, y empecé a hurgar en los archivos. Al fin, salió la historia de la nave perdida. En ella viajaban doce personas y otros tantos robots. La nave, «Rosa Caig», nombre de la esposa de su capitán, llegó a Khator, presumiblemente, pero ya no se volvieron a tener más noticias de ella. Y como los demás planetas de este sistema ofrecían ventajas más inmediatas, se abandonó a Khator, hasta que se empezaran a notar síntomas de falta de espacio. ¿Entendido?

—Sí, perfectamente, pero ¿crees que tiene esto algo que ver con la desaparición de las tres expediciones anteriores?

—Seguramente. He mencionado, antes, indígenas degenerados. En la «Rosa Craig» viajaban doce personas, seis hombres y seis mujeres. Quizá la nave se averió hasta el punto de no poder despegar… y con el tiempo, aquellas seis parejas se multiplicaron y tuvieron descendencia. Pero las personas aisladas, sin contacto con la civilización, cuando proceden de un mundo civilizado, tienden siempre al primitivismo. En trescientos años, los actuales habitantes de Khator han debido degenerar lo suficiente para atacar a todo ser extraño.

—¡Caramba, vaya una papeleta que me has largado! —respondió Belows—. Igor, tú no me quieres bien. Diríase que tienes ganas de verme metido en un caldero, mientras los caníbales bailan a mi alrededor…

Petrov se echó a reír.

—Estuviste en la isla Thax, y ese lugar es infinitamente más peligroso que Khator —le recordó su amigo.

—Fue una experiencia poco agradable, Igor.

—Pero saliste con bien de tu estancia en Thax. —Petrov bajó la voz—. En confianza, tengo instrucciones reservadas del jefe de Estado Mayor, para iniciar un programa de instrucción, con etapas de, supervivencia. No quiero exploradores que sólo sepan apretar botones para andar cuatro pasos, ¿comprendes?

Belows sonrió.

—Sí, la gente se ha ablandado mucho, en estos tiempos —convino—. Igor, supongo que me darás carta blanca.

—La tienes, salvo en lo relativo a las leyes sobre el trato a los nativos.

No las quebrantes o yo mismo tendría que pedir tu proceso criminal.

—En esas leyes no se incluye la obligación de un explorador de dejarse comer por los nativos, ¿verdad? —dijo Belows críticamente.

—No, pero tampoco se permite rechazar con armas sus ataques. En ese caso, es preferible la retirada. Con el tiempo, siempre se acaba convenciendo a los nativos de la necesidad de ser pacíficos y comunicativos.

—Sí, los terrestres tenemos mala conciencia, en lo que se refiere a colonización —admitió el joven—. Igor, procura que nadie me ponga pegas, cuanto tenga que elegir el material que he de llevarme.

—Se te facilitará todo lo que pidas. Y si deseas llevar a alguien contigo...

—No, iré solo.

Belows contempló el habano con que le había obsequiado su amigo.

—Buen cigarro —alabó—. Siempre fuiste un sibarita, Igor.

—Algunas costumbres, ejercidas con moderación, resultan muy agradables —sonrió el gobernador—. Ven a verme antes de tu partida, «Tigre».

Belows entendió que le despedían, v se puso en pie.

—O. *K.,* Igor.

* * *

Cuatro noches más tarde, Belows, que ya tenía casi a punto sus preparativos, decidió hacer una despedida en regla, antes de iniciar su expedición. Llamó a la joven de la que se había separado tan bruscamente, y se reunieron para cenar en un pequeño pero discreto restaurante de la capital de X Sistema.

A mitad de la cena, se le acercaron dos personas. A una de ellas la reconoció en el acto. Era Síxtus Van Drijn, el comerciante culpable de su degradación. La otra era una hermosa joven, de frondosa cabellera negra, y silueta escultural.

—Capitán —dijo Van Drijn—, permítame que le presente a Laura Taylor, mi asociada en el negocio de transportes y comercio. Laura, te presento al capitán Belows.

—¿Cómo está? —saludó la joven, a la vez que Belows se ponía en pie.

—Es un placer, señorita. Permítame que les presente, a mi vez, a Isabel Dawson. Isabel, la señorita Taylor, el señor Van Drijn.

—Si nos lo permiten, nos sentaremos a su mesa, capitán.

Belows se quedó tan estupefacto, que no tuvo ánimos para resistirse. Con toda desenvoltura, Van Drijn sostuvo el respaldo de la silla para que Laura pudiera acomodarse frente a la otra mujer.

Van Drijn hizo una señal. Un camarero vino y tomó nota del pedido, en el que se incluían dos botellas del mejor champaña importado de la Tierra. Belows, ya repuesto, dijo:

—Sixtus, en la Tierra hay un reirán muy antiguo que dice: «Timeo danaos et dona ferentes.» Lo que significa: «Temo a los griegos, aunque me hagan regalos.» ¿Comprende lo que quiero decirle?

—No se fía de mí, ¿eh? —rió Van Drijn—. Laura, querida, di al capitán qué es lo que deseamos de él.

Belows volvió los ojos hacia la joven.

—Sabemos que viaja a Khator —dijo Laura—. Queremos que nos permita viajar en su nave.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Belows se puso en pie.

—Vámonos, Isabel —dijo secamente.

—Pero si estamos a la mitad…

—Terminaremos en otro sitio. Si me quedase aquí, vomitaría en la mesa. Y no me gustaría devolver una sopa tan exquisita como la que acabo de tomar.

—Es usted un grosero, capitán —protestó Laura, encarnada hasta la raíz del cabello.

—Y usted, una…

Belows se mordió los labios a tiempo. A fin de cuentas, Van Drijn

tenía muchas y poderosas amistades, y no quería provocar otro incidente, más por no dejar en mal lugar a su amigo que por él mismo. Pero de buena gana habría vuelto a aplastar aquella bulbosa nariz, surcada de venillas rojas, que era la principal característica fisonómica del inmoral personaje.

—De todas formas, con o sin usted, iremos a Khator,
capitán —afirmó Laura rotundamente. ,

—Cuando la estén asando los indígenas, afilaré mi cuchillo para cortar una loncha de uno de sus muslos. Los expertos en canibalismo dicen que es uno de los trozos más sabrosos del cuerpo humano. Y los suyos, por lo que estoy viendo, son terriblemente apetitosos.

—¡«Tigre»! —se espantó Isabel—. ¿Es que has comido carne humana?

—A mí no me extrañaría en absoluto —dijo Van Drijn insultantemente —. Este hombre es capaz de todo, seño-dita Dawson.

En aquel momento, llegó el camarero, acompañado del *maitre,* que acudía en persona a abrir el champaña, dada la categoría de sus clientes. El *maitre* descorchó una de las botellas y llenó las copas. Belows tomó la suya, probó un poco y escupió a un lado.

—Amigo —dijo, ante el asombro de los presentes—, este champaña ha sido importado de la Tierra por el señor Van Drijn, ¿no es cierto?

—Sí, señor; y le aseguro que es de lo mejorcito que tenemos...

—Lo único bueno del champaña es la etiqueta. Lo que hay dentro de la botella no es más que agua coloreada, con un poco de gas, transformación realizada en los almacenes del señor Van Drijn, a fin de cobrar diez por lo que no vale ni la milésima parte.

La cara del comerciante se puso roja como el caparazón de una langosta recién cocida. El *maitre,* por su parte, tenía la boca completamente abierta.

Riendo ofensivamente, Belows agarró el brazo de Isabel, y la empujó hacia la puerta.

—Anda, vamos, guapa; más vale un bocadillo de sardinas en mi casa, que el más delicado menú en compañía de ese cerdo —dijo.

—Las sardinas no me gustan —se quejó Isabel.

—Entonces, tendrás que comer el pan a secas.

Belows se sentía tan irritado, que llegó a hartarse de las protestas de su bella acompañante, y acabó por separarse de ella, maldiciendo mil veces la idea que había tenido de ir a cenar a un sitio en el que había esperado pasar una velada agradable, y de donde había tenido que marcharse finalmente, por no apalear nuevamente a un desaprensivo individuo.

Porque le gustaba la misión que le habían encomendado, y no quería que nada le privase de viajar a Khator.

CAPÍTULO III

Estaba ya en el espacio, a unos millones de kilómetros de la capital, cuando, de pronto, se iluminó el cuadro de mando de la astronave.

Belows dio el contacto e informó reglamentariamente de su nombre y posición, en aquellos momentos. Alguien dijo:

—Le va a hablar el gobernador, capitán.

—Escucho —dijo Belows.

La distancia era todavía lo suficientemente corta como para poder usar la televisión. Belows vio bien pronto en la pantalla el rostro de su amigo.

—«Tigre», siento no haber podido recibirte antes de tu marcha —dijo Petrov—. Te ruego me disculpes... aunque, ¿por qué no le dijiste nada a mi secretario?

—No confío ya en nadie, Igor —respondió el joven—. Óyeme, dos días antes de mi partida, fui a cenar a determinado sitio. Allí me encontré con Van Drijn, mejor dicho, me encontró él a mí. Quería viajar en mi nave, a Khator. Naturalmente, me negué. Pero eso no es todo.

—Van Drijn otra vez —rezongó el gobernador—. Tiene valedores muy poderosos. Me va a costar mucho demostrar sus apoyos, si es que lo consigo.

—Eso, de momento, no me importa en absoluto. El caso es que él estaba enterado de mi viaje a Khator, y quería que lo llevase a mi nave. «-Quién diablos le dijo que yo iba a Khator? Tenía entendido que se trata de un asunto, si no altamente secreto, por lo menos, sí muy reservado.

—Sigue siendo reservado, pero es evidente que se han producido filtraciones. Este caso no tenía que haber salido de un círculo muy restringido. No se le ha dado la publicidad que en anteriores ocasiones.

—Muy bien, pero el caso es que Van Drijn lo sabe. Y eso no me gusta en absoluto, porque irá a Khator y puede que me estropee la misión.

—Trataré de impedirlo —dijo Petrov—. Y, una cosa, «Tigre», si encuentro al confidente de Khator, ten en cuenta que lo enviaré a la Tierra, en la primera astronave que zarpe, sea quien sea y no importa su rango, grado o títulos. ¿Está claro?

—Así me gusta, hombre —rió Belows—. Por cierto, Van Drijn se ha echado una socia...

—Cambia de fulana casi cada día, como los sultanes árabes de la antigüedad.

—No, en este caso, se trata de una socia en el estricto sentido de la palabra. El nombre es Laura Taylor. Dame informes de ella, por favor.

—De acuerdo. Te llamaré dentro de veinticuatro horas.

—Está bien.

Petrov hizo la llamada en el plazo convenido.

—Efectivamente, Laura Petrov se ha asociado con Van Drijn, en una entidad' estrictamente comercial. Ha aportado capital suficiente como para poder intervenir en la toma de decisiones, y vetar las que no sean de su agrado.

—¿Y ha aceptado Van Drijn? Creía que era un hombre al que no le gustaba ser mediatizado por nadie.

—Van Drijn tiene apoyos políticos y, si obtiene beneficios, también debe favores. Alguien le habrá presionado para que acepte a la Taylor.

—Es posible. ¿Algo más?

—Dos cosas. Primero, he encontrado al culpable. Es el coronel Martin, y ya está hacit ndo el equipaje para volver a la Tierra. Lo que ha hecho no es nada que se pueda utilizar contra su carrera, pero, créeme, ese hombre se retirará de coronel. Jamás ascenderá, ¿comprendes?

—Sí, Igor.

—Segundo, Van Drijn está a punto de zarpar en su nave «Astraea». Le acompañan, además de Laura Taylor, una serie de tipos nada recomendables. La nave está al mando del capitán Blake y su segundo es un tal Napoli. Oficialmente, se dirigen a Garralon III, pero yo no me lo creo. Sin embargo, tengo las manos atadas. Pasa ahora como antiguamente en la Tierra. Una nave contrabandista podía anunciar que se dirigía a tal puerto, y luego, en alta mar, cambiar su rumbo hacia otro. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—De sobra, Igor. Conozco a Blake y Napoli. Son los sujetos ideales para mandar un barco pirata del siglo XVII. Y los demás tripulantes no desmerecerán de ellos, seguro. Pero, me pregunto, ¿qué esperan encontrar en Khator?

—Ese es asunto tuyo, «Tigre». Usa la diplomacia, pero, si es necesario no vaciles en emplear un buen garrote.

Belows sonrió.

—Da gusto sentirse apoyado de esta manera —dijo—. Igor, deséame buena suerte.

—Te la deseo de todo corazón —dijo el gobernador, con acento lleno de sinceridad.

La comunicación se cortó. Belows se reclinó en su asiento, y estuvo un rato tirándose pensativamente del labio inferior. Sentíase preocupado por Laura Taylor. Le había parecido, aparte de muy hermosa, mujer enérgica y resuelta. Era, estimó, naturalmente refinada. ¿Cómo podía haberse aliado con un vampiro de la calaña de Van Drijn?

Como había dicho el gobernador, posiblemente Laura había sido impuesta a Van Drijn por alguien a quien no podía desairar. Pero admitido este extremo, ¿qué beneficios pensaban obtener Van Drijn y sus desconocidos socios, del viaje a Khator?

La solución estaba todavía a sesenta millones de kilómetros. Conocía la distancia en la dimensión espacio, ¿qué tiempo tardaría en conocer

los propósitos de Van Drijn y su pandilla?

Por otra parte, tenía una misión primordial: averiguar por qué habían desaparecido tres expediciones, sin dejar el menor rastro y sin enviar siquiera una llamada de socorro. «Me voy a divertir. Entre los salvajes de Khator y los piratas de Van Drijn, me espera una temporada muy animada», pensó lúgubremente.

* * *

Descargó rápidamente todo el equipaje que había preparado para su misión, incluyendo un vehículo todo terreno, movido por energía solar, cuyas baterías podían almacenar electricidad para una semana, si tenía que moverse durante los períodos de oscuridad. Puso también algunos víveres y elementos de cura, así como mantas, ropas de abrigo y una pequeña tienda de campaña, y latas para agua de reserva. Su indumentaria consistía en un anticuado sombrero de ala ancha, camisa, pantalones y botas de media caña. Como armamento, llevaba un rifle de pólvora; lo estimaba mejor que cualquier otro tipo de arma moderna. Asimismo disponía de abundantes municiones y de un recio cuchillo de caza, de hoja tan afilada como la de una navaja de afeitar. Incluyó también dos hachas, y un pico y una pala.

«Si hubiera dispuesto de todas estas herramientas en Thax, me habría fabricado un yate», pensó, al terminar la carga.

Una grúa bajó el vehículo al suelo. Volvió a la nave, manipuló unos momentos en los instrumentos y salió nuevamente. Desde el suelo, por medio de un aparato de control remoto, hizo despegar la nave, situándola en una órbita en torno al planeta. Durante unos segundos, pensó en llevar consigo el transmisor de control de mando, pero acabó por desechar la idea. Podía perderlo, alguien podía rompérselo… Lo mejor era esconderlo en un sitio donde pudiera encontrarlo fácilmente.

No lejos del lugar donde había tomado tierra, había una aglomeración de rocas redondeadas por la erosión de siglos. En una de ellas encontró un hueco particularmente profundo. Buscó piedras, cubrió el hueco y volvió a su coche.

El situador automático le dio la posición del lugar de aterrizaje. Aunque quedaba anotado en una cinta grabada, guardó los datos en su

mente. Tener asegurada la retirada era muy importante. Y, sobre lodo, infundía seguridad.

Subió al coche y empuñó la palanca que permitía todas las maniobras. El vehículo se puso en marcha inmediatamente. Sus grandes ruedas le permitirían salvar la mayoría de los obstáculos.

A la derecha, en una sujeción especial, llevaba el rifle. Trataría de no usarlo, salvo en casos muy extremos. Pero si se veía atacado, y no tenía otra salida, lo usaría, aun en contra de todos los reglamentos. En modo alguno estaba dispuesto a dejarse meter en un caldero, para luego servir de cena a unos salvajes antropófagos.

En el peor de los casos, si luego alguien se empeñaba en molestarle demasiado por los métodos empleados, siempre le quedaba el recurso de emigrar a Haphastar, cuyos nativos, lo sabía muy bien, le apreciaban extraordinariamente. Y ni siquiera el poderoso gobierno de la Tierra sería capaz de enviar una expedición para capturarle.

Recordó Haphastar con cierta melancolía. Un mundo amable, sencillo, cuyos habitantes eran cariñosos y pacíficos, y en donde no se conocían ciertos problemas de la civilización actual. Los haphastarianos vivían de la misma manera que los antiguos indígenas de las islas de los Mares del Sur terrestres, antes de la llegada de los primeros blancos, de la forma más paradisíaca que se pudiera imaginar. No se conocían los robos, ni las violaciones, ni los asesinatos..., el amor era algo natural entre los hombres y las mujeres de Haphastar, ellas, ciertamente muy hermosas...

Suspiró.

—No sueñes —se dijo a sí mismo en voz alta—. Tú eres un hombre del siglo xxx, y debes comportarte como tal. Los paraísos actuales son para los que han nacido en ellos.

Durante largo rato viajó casi sin rumbo, aunque tratando de encontrar posibles huellas de sus predecesores en las exploraciones. De pronto, al remontar una loma, divisó algo que le dejó sin aliento.

Descendió lentamente a la vaguada, contemplando, con ojos atónitos, el enorme montón de fragmentos de metal que había constituido una nave. Poco después, paró el coche, agarró el rifle y saltó al suelo.

Avanzó lentamente hacia aquel conjunto de piezas de metal, buenas ya para la chatarra. La nave había sido desguazada de una manera absoluta. Al cabo de unos minutos, pudo hacer dos comprobaciones,

que le causaron grandes preocupaciones.

Una de ellas era el nombre y matrícula de la astronave, datos que correspondían a la tercera expedición, compuesta por Bill Randall y Lucy Dwiss. Ahora ya sabía que habían llegado a Khator, pero ¿estaban aún con vida?

El segundo dato, y aún más preocupante, era la falta de toda clase de motores: los dos principales, los auxiliares y hasta el servomotor de los chorros direccionales. Faltaban asimismo gran cantidad de cables, aunque pudo apreciar que el frigorífico y la despensa habían quedado en aquel lugar, si bien los alimentos estaban estropeados, debido al largo tiempo pasado a la intemperie.

—En resumen, se han llevado lo más interesante —murmuró.

Luego no había salvajes en Khator. Unos salvajes, se dijo, no habrían sido capaces de desguazar la nave de una forma tan absoluta, y mucho menos, se habrían llevado todos los motores. Lo más que habrían hecho sería saquear su interior, destrozando absurdamente cosas que no les interesaban y llevándose los alimentos.

—Si es que sabían distinguir los alimentos envasados de los que ellos utilizaban a diario —se dijo.

No, aquello había sido realizado por seres inteligentes, pero, al mismo tiempo, con un comportamiento absurdo, incongruente. Porque, por ejemplo, ¿para qué dejar allí todos los aparatos de transmisión? La radio normal, la subespacial y la estación de televisión, aunque inservibles ya, estaban esparcidas por el suelo. A los khatorianos sólo les habían interesado los motores y unos cuantos kilómetros de cable. El resto estaba allí, ante sus ojos.

Era ya tarde, y quería hacer las cosas a conciencia, de modo que se dispuso a acampar en aquel mismo lugar. Buscó el punto más angosto de la vaguada y montó el detector de masas orgánicas, con radioelectroencefalógrafo incluido. El detector señalaría la presencia de cualquier ser viviente, pero el radioelectroencefalógrafo le diría si se trataba de un animal o un ser inteligente.

Tranquilo al respecto, se preparó algo de cena y luego, ya anochecido, se metió en el saco de dormir. No quería encender una hoguera, para no llamar la atención de los nativos. A los pocos minutos, dormía como un bendito.

Despertó muy pronto, antes de que se hiciera de día. Tras un somero

desayuno, reanudó la marcha.

Había ya la luz suficiente para ver sin dificultad. Un poco más adelante, encontró huellas de pisadas humanas.

Entornó los ojos. Aquellas pisadas, aunque ya viejas, correspondían, evidentemente, a hombres como él, pero, incomprensiblemente, mucho más pesados,

—Al menos, me pasan cincuenta o sesenta kilos —calculó.

Si se tenía en cuenta que él pesaba ochenta y cinco, aquella diferencia era, por lo menos, preocupante, sobre todo cuando, a juzgar por las huellas, no se trataba de una raza de gigantes.

CAPÍTULO IV

De pronto, detuvo su coche a la orilla de un río caudaloso, blanqueado por abundantes árboles de frondosa copa. Al otro lado, podía ver una extensa llanura, flanqueada por montañas de agudos picos, aunque pensaba que no podían ser muy altos. Llevaba ya cuarenta y ocho horas de ininterrumpida exploración, describiendo círculos cada vez más amplios en torno a los restos de la nave precedente y, hasta el momento, todo lo que tenía eran las pisadas de unos nativos que no pesaban menos de ciento cuarenta kilos.

El río no le preocupaba en absoluto. Su coche podía vadearlo con toda facilidad. Pero presentía que la solución, o por lo' menos, parte de ella, se encontraba en las inmediaciones de aquella zona.

De repente, oyó un rugido no lejos del lugar en que se hallaba.

Inmediatamente, agarró el rifle. El rugido se repitió, pero, casi de repente, se transformó en un agudo aullido de dolor.

Belows retrocedió rápidamente con el coche, y lo situó al abrigo de un enorme matorral. Con el rifle en las manos, saltó al suelo, justo en el instante en que oía un ruido extraño, algo así como el impacto de un enorme puño contra los huesos de un cráneo.

Los sonidos de la bestia cesaron de inmediato. Se habían producido a

no menos de cincuenta pasos de distancia, y Belows empezó a acercarse prudentemente a aquel lugar, situado muy cerca de la orilla.

De pronto, vio a un hombre, y se situó rápidamente detrás de un árbol.

El nativo no le había visto a él. Caminaba con paso normal hacia el río, moviendo únicamente las piernas. Los brazos no se acompasaban con las piernas, al caminar.

—Parece un autómata —gruñó.

La piel del nativo era blanca, levemente verdosa y con un cierto resplandor metálico, que atribuyó a alguna crema especial para protección de la epidermis. Súbitamente, con la boca abierta por el asombro, vio que el nativo se metía en el río.

La corriente no era muy rápida, aunque sí poderosa a causa de la anchura del río, que no medía menos de sesenta metros de orilla a la orilla. Antes de que Belows pudiera hacer nada, el nativo había desaparecido ya bajo las aguas.

—¿Tendrán algún refugio subterráneo, y para llegar a él es preciso sumergirse en el río? —se preguntó.

Avanzó unos pasos más. Entonces vio la bestia muerta.

Parecía un tigre terrestre, incluso con colores muy parecidos. Estaba muerto, y ya había moscas zumbando al cadáver. Arrodillándose junio al felino, Belows pudo apreciar, sin dificultad, el hundimiento del cráneo, debido a un puñetazo de una potencia increíble.

* * *

—No me gustaría enojarme con ese tipo —masculló—. Un hombre capaz de aplastar el cráneo de un tigre, con la misma facilidad que si se tratase de una cascara de nuez, resultaría terriblemente peligroso, en una pelea cuerpo a cuerpo.

Al cabo de unos momentos, se levantó. Entonces, vio algo que le hizo dudar de sus sentidos. Incluso pensó que estaba soñando.

El nativo salía por la otra orilla. Ahora veía la cabeza y los hombros,

pronto pudo ver el torso, luego las caderas y, finalmente, las piernas y los pies. Una vez en 28 —

tierra firme, el hombre, sin volver la cabeza una sola vez, siguió caminando por la llanura, en una dirección muy oblicua al río.

—Dios santo —murmuró Belows—. Ha atravesado el río, *caminando por debajo de las aguas.*

A los pocos minutos, el hombre se perdió al otro lado de una hilera de matorrales. Belows se pasó una mano por la cara.

—Si no estuviera donde estoy, diría que acabo de beberme una botella de coñac.

Volvió a mirar al tigre muerto. La piel era muy hermosa. Lástima que no pudiera llevársela para adorno de su casa. El animal había sido muerto por otra persona, de modo que no hubiera sentido el menor remordimiento. Las órdenes respecto a la conservación de la vida eran muy estrictas, y él no habría podido matar al felino, sólo por el capricho de tener la piel. Pero ya que estaba muerto...

—¿Y por qué no?— se dijo, de pronto—. ¿Quién me lo va a impedir?

Sonriendo, dejó el rifle a un lado, y sacó el cuchillo de caza. Cuando se disponía a practicar la primera incisión, sonó un chillido.

Era una voz de mujer, y estaba a menos de treinta pasos de distancia. Belows se irguió en el acto. Guardó el cuchillo, recobró el rifle y caminó hacia el lugar donde había oído el grito que, no cabía duda, expresaba un vivo terror.

Apartó unos arbustos. Entonces vio a la mujer, y tuvo que pellizcarse de nuevo para convencerse de que estaba despierto.

—¡Laura Taylor! —exclamó.

* * *

Ella se volvió en el acto.

—¡Capitán Belows! —dijo, no menos estupefacta.

Belows avanzó hacia la joven.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

Laura señaló algo que había a pocos pasos de distancia. Entonces fue cuando Belows divisó el esqueleto humano, cubierto apenas por unos andrajos.

—Lo siento —dijo ella—. Tropecé con esos restos, y no pude evitar un chillido…

—Sí, un esqueleto siempre impresiona —admitió Belows. De pronto, se percató de que la indumentaria de la joven se hallaba en muy mal estado. Su camisa estaba rasgada por el hombro derecho y le faltaba completamente la manga izquierda. Aunque, por comodidad, usaba pantalones, no llevaba ningún arma—. Pero ¿qué diablos hace aquí? —exclamó.

—Es un poco largo de contar… —jadeó Laura—. Sólo le diré que los nativos han capturado a dos de los nuestros: el segundo Napoli y Betty Milligan, la navegante.

—Pero, ¿no han podido evitarlo?

Laura negó, con vigorosos movimientos de cabeza.

—Nos sorprendieron, y tuvimos que dispersarnos. Yo perdí la cabeza, y hui sin rumbo fijo, después del ataque. Durante un rato, estuve agazapada en unos matorrales. Pude ver cómo se llevaban a Napoli y a Betty. Los demás escaparon también. Yo estoy completamente perdida…

—De todas formas, no ha caminado mucho —observó Belows—. Su nave no puede estar demasiado lejos.

—No sé la distancia que he recorrido. Los nativos nos cortaron el paso a la nave. Tuve que escapar, porque no tenía otro remedio, si quería salvar mi vida…

—Entonces, no sabe qué ha sido de Van Drijn y de los demás.

Laura hizo un gesto negativo.

—Está bien —dijo él—. Tengo mi coche al otro lado… Pero aguarde un momento.

Lleno de curiosidad, Belows se acercó al esqueleto, y lo examinó

atentamente. De pronto, vio una chapita metálica, sujeta al cuello descarnado por una cadena, y la arrancó de un tirón.

—Teniente Bill Randall —leyó en voz alta—. Ahora ya sabemos la suerte que ha corrido, al menos, uno de los componentes de la tercera expedición.

Laura se estremeció.

—Entonces, no hay supervivientes...

—Eso parece —dijo él—. Venga conmigo.

Ella le siguió. A los pocos momentos, divisó el cadáver

del tigre.

—¿Usted, capitán? —preguntó.

—No. Fue uno de los nativos, que repelió el ataque de la fiera. Yo iba a despellejarla cuando oí su grito...

—¿Despellejar al tigre? —se asombró Laura—. ¿Para qué?

—Es una piel muy bonita —sonrió Belows—. Espere, le daré un poco de agua, con unas gotas de coñac. Luego tendré que cavar una fosa.

—Gracias, capitán.

—Puede llamarme John Joseph. O «Tigre», como mejor le parezca — sonrió él.

Se acercó al coche, y trepó al departamento de las provisiones. De pronto, oyó la voz de la joven:

—John Joseph.

Belows volvió la cabeza. Laura estaba en el mismo sitio, como petrificada por un horror infinito. Belows vio algo que se había enroscado en el tobillo izquierdo de la joven, una liana de color blancuzco, semitransparente y de un centímetro de grueso.

Era algo viviente, porque se movía. Laura, llena de pánico, no se atrevía a moverse siquiera.

Aquella serpiente brotaba del fondo de un matorral de hojas de un color siniestro, rojo oscuro, situado escasamente a seis o siete metros

de distancia. Otro filamento análogo se acercaba también a la joven y, al llegar a sus inmediaciones, se puso vertical y empezó a ascender, como si fuese a sujetarla por et cuello.

Belows reaccionó con singular rapidez. Saltó del coche y, con el cuchillo en la mano, corrió hacia Laura. Con dos rápidos tajos, cortó las lianas. Luego tiró de. uno de sus brazos, y la apartó a prudente distancia.

Ella estaba al borde del colapso, y tuvo que apoyarse en una de las enormes ruedas del vehículo. Belows enfundó el cuchillo, mientras pensaba que lo mejor era cambiar de emplazamiento, y buscar un sitio donde pudieran evitar los ataques de una planta evidentemente carnívora.

Entonces ocurrió algo extraño, alucinante. Una de las lianas se acercó al cuerpo del tigre y tanteó, buscando] determinada región de su anatomía, Belows contemplaba la escena, con ojos morbosamente fascinados.

El extremo de la liana golpeó súbitamente, hundiéndose en el cuello del felino muerto. Unos segundos después, Belows contempló algo horripilante.

Debido a la relativa transparencia del miembro vegetal, que parecía un tubo de goma, era fácil ver la sangre que circulaba por su interior, en dirección a la base del arbusto de hojas rojas. Belows se sintió mareado.

—Es una planta vampiro —dijo Laura.

—Una definición absolutamente correcta —respondió él—. Lo mejor será que nos larguemos de aquí. Por ahora —suspiró—, creo que tendré que despedirme de la piel de un tigre para adorno de mi sala.

Ayudó a la joven a subir al coche, y luego se sentó en el puesto del conductor. Instantes después, habían perdido de vista aquel lugar, lleno de cosas horribles.

* * *

Con pálida sonrisa, Laura aceptó el pocillo de café, hecho en la

pequeña cocinilla del coche.

—He añadido unas gotas de coñac —sonrió Belows—. ¿Se va recuperando?

—Sí, ya me he recobrado... —Ella hizo un esfuerzo por sonreír—. Créame, han sido las veinticuatro horas peores de mi vida.

—Me lo figuro —dijo él. De pronto, frunció el ceño—. De modo que les atacaron ayer —añadió.

—Sí, poco después de mediodía, aproximadamente. Apenas habíamos tenido tiempo de iniciar los trabajos...

—¿Llegaron ayer mismo?

—Al amanecer.

—Tuvieron que salir mucho después que yo, una semana más tarde o acaso así, ¿verdad?

Laura hizo un gesto de aquiescencia.

—Y eso significa que el capitán Blake utilizó los motores hiperespaciales—agregó Belows.

—Yo no entiendo mucho de astronaves, pero supongo que tuvo que ser así —respondió la joven.

—Blake hizo algo que está severamente prohibido, y que podría costarle su patente de capitán de astronave —dijo Belows críticamente —. No se pueden utilizar los motores hiperespaciales en el interior de un sistema planetario. Para hacerlo, es preciso alejarse al menos una distancia igual a la del radio máximo de este sistema, tomado como su sol.

—La verdad, entiendo muy poco de leyes espaciales —dijo Laura.

—¿Y es comerciante?

—Bueno, en realidad, es mi padre el que se asoció con Van Drijn. Yo ocupo su puesto, en realidad de supervisor de las operaciones. —Laura sonrió tristemente—. Temo que mi padre se equivocó, al nombrarme para ese puesto. —Sí, seguro —dijo él con acrimonia—. Oiga, en medio de todo, es preciso reconocer que Blake es un buen navegante. De lo contrario, al viajar utilizando los motores hiperespaciales, podía haber ocurrido una catástrofe.

—Blake dijo que no habría error, que garantizaba la llegada. Y así fue —contestó ella vivamente.

—Lo sé. Pero también pudo errar por una millonésima de grado, y entonces la «Astraea» se habría materializado en el interior de Khator. Imagínese el resultado. —Estaríamos muertos…

—Por fortuna, no se habrían enterado siquiera. —Belows paseó la vista por los alrededores—. Lo mejor será que acampemos en este sitio. No veo ninguna planta vampiro.

—Puede haber tigres —dijo ella aprensivamente. —Por lo que sé, los tigres de Khator, como la inmensa mayoría de los animales, son muy mansos. De todas formas, no se preocupe; no nos pillarán por sorpresa. De pronto, Belows recordó algo. —Oiga, antes dijo que los nativos les sorprendieron cuando iban a iniciar sus trabajos —exclamó.

—Sí. Eran casi un centenar, y no tuvimos posibilidades de defensa —respondió la joven.

—Eso ya lo sé. Lo que me interesa ahora es saber qué clase de trabajos iban a realizar.

—Topografía.

Hubo un instante de silencio. Belows trató de digerir la escueta respuesta de la joven. Luego pensó que lo mejor era no hacer comentarios sobre el particular.

—Voy a preparar el campamento —dijo sobriamente.

CAPÍTULO V

Laura abrió los ojos por la mañana, y percibió diversos olores. Sentándose en el mismo saco de dormir que había utilizado por la noche, volvió la cabeza hacia la izquierda.

—Huelo a leña, café y huevos con tocino —dijo.

—Su pituitaria no la engaña —sonrió Belows, acuclillado junto a la

hoguera y con la sartén en la mano—. Vaya a la fuente y lávese un poco la cara. El desayuno estará en cinco minutos.

—Me gustaría bañarme —manifestó ella.

—Tendrá que aguardar a otro momento. Nos iremos de aquí, apenas hayamos llenado el estómago.

—¿No tiene miedo de que alguien vea la hoguera o, por lo menos, el humo?

—He explorado las inmediaciones, y no hay enemigos a la vista. Puede estar tranquila, señorita Taylor.

—Si no le importa, preferiría que usara mi nombre, John Joseph — dijo ella, a la vez que se alejaba hacia la fuente cercana, junto a la cual habían acampado durante la noche.

Laura disfrutó enormemente con el desayuno. Sus mejillas tenían un agradable color sonrosado, al terminar el último sorbo de café.

—Hacía tiempo que no comía tan a gusto —declaró.

—Eso es el hambre que sentía —rió Belows, mientras empezaba a recoger el campamento—. Además, está acostumbrada a comer cosas muy artificiales.

—¿Y usted no?

—Yo procuro comer alimentos naturales, siempre que me es posible.

—Quizá por eso se conserva tan bien.

—Sí, seguro —contestó él, en tono intrascendente.

Media hora más tarde, reanudaban la marcha. Laura guio al joven en la dirección aproximada que había seguido al escapar del ataque a los nativos. Dos horas después, señaló un punto con la mano.

—Creo que es allí —exclamó—. Recuerdo muy bien ese montón de rosas. Me senté un ralo a descansar a la sombra… La nave no puede estar ya a más de seis o siete kilómetros de distancia.

—Estupendo. Puede que encontremos a la gente allí. A menos que hayan escapado de Khator, claro.

—¡Imposible!

—¿Por qué, Laura?

—Van Drijn no me haría una cosa así…

Belows lanzó una sarcástica carcajada.

—Se ve que no conoce a ese pirata —dijo.

Laura se volvió hacia él, muy picada.

—Usted no le tiene ninguna simpatía, ¿verdad?

—Sentir antipatía hacia Van Drijn es tanto como sentir afecto —respondió Belows acremente—. No se pueden tener sentimientos afectuosos hacia la serpiente de cascabel que está dispuesta a morder, aun sin ser atacada.

—John Joseph, creo que juzga mal al señor Van Drijn.

—Aguarde, y lo verá por sí misma. Sin embargo, le diré una cosa. Puesto que, según usted, el socio verdadero es su padre, será cosa de pensar que el autor de sus días es el que no conoce bien a ese granuja. De todas formas, las consecuencias no serán para mí.

—Si deja en paz a Van Drijn, él hará lo mismo con usted, John Joseph —aseguró la muchacha.

—¿Ah, sí? —dijo Belows, escéptico—. No pondría la mano en el fuego por Van Drijn, ni aunque le viese con alas en la espalda.

—Voy a nacerle una proposición, John Joseph. ¿Por qué no dejamos el tema, de una vez? Me disgusta oírle hablar así, créame.

—La verdad siempre disgusta a quienes no están dispuestos a escucharla —contestó él filosóficamente—. Pero acepto su proposición, aunque, inevitablemente, tendremos que hablar nuevamente de Van Drijn, tanto si le gusta como si no le gusta.

Un tanto irritado, Belows sacó un cigarro, mordió la punta, la escupió a un lado y, con la mano izquierda, lo encendió, sin dejar de conducir el vehículo por los caminos más fáciles.

—Además, le gusta fumar —dijo ella.

—Las cosas pequeñas, con moderación, dan sabor a la vida —contestó él, sin soltar el cigarro de los dientes.

—En mi casa no fuma nadie. Ni tampoco bebemos.

—Sí, son unos puritanos. Mire, tan malo es el puritanismo excesivo como el libertinaje absoluto. Dos o tres cigarros al día, un trago en ocasiones que lo merecen... La vida sería muy aburrida, sin estos pequeños placeres.

—Observo que no incluye usted a las mujeres, en esa relación de vicios, que no de placeres —dijo Laura críticamente.

—Oh, claro que puedo incluirlas. Una cada vez, no más. No me gusta dividir los esfuerzos —contestó él, con todo desenfadado.

Laura se enfureció.

—Oh, es usted... repugnante, un sátiro, libertino...

Belows, siempre con el cigarro en los dientes, volvió un poco la cabeza, y miró socarronamente a la muchacha.

—Eso siempre es mejor que robar a la gente, como su admirado Sixtus Van Drijn.

—¡Dijimos que no íbamos a hablar de él! —gritó Laura, exasperada.

—Lo siento. Sólo quería establecer un punto de comparación...

—Usted no se puede comparar con Van Drijn, de ninguna manera.

—No, la comparación no es posible —admitió Belows llanamente. De repente, un ruido extraño hirió sus tímpanos, y todos sus músculos se tensaron en el acto.

El ruido se repitió. Era el inconfundible sonido producido por un martillo o una herramienta de gran tamaño, al golpear una plancha metálica.

* * *

Belows paró el coche inmediatamente. Los ruidos, claramente perceptibles, llegaron del otro lado de una loma de suaves contornos, a cuyo pie se hallaban en aquellos instantes. La colina estaba cubierta de una espesa hierba, alta de casi un metro en muchos puntos, y

también había algunos arbustos, aunque, por fortuna, ninguno de ellos tenía las hojas rojas.

—No haga ruido —dijo él, a la vez que echaba mano al rifle.

Saltó al suelo. Laura les siguió en el acto. Minutos después llegaban a las proximidades de la cima. Entonces, Belows se echó al suelo y continuó reptando.

Ella, invadida por la curiosidad, le imitó en el acto. En silencio, admiró a aquel hombre, que parecía poseer una cantidad de recursos inagotables.

Belows iba delante de ella, y se detuvo de pronto, haciéndole señas con la mano. Laura se acercó al joven. —No grite —advirtió él, a media voz. —Oh, Dios mío… —gimió la muchacha. Debajo de la loma, a menos de trescientos metros, se veían numerosos nativos, entregados a una actividad increíble. La «Astraea» estaba siendo desguazada de una manera metódica, pero, al mismo tiempo, con enorme rapidez. Se veían varios vehículos, movido por ruedas, sobre cuyas plataformas iban cargando los nativos las piezas que estimaban utilizables para unos fines aún desconocidos.

Belows se mordió los labios.

—No parece que haya gente de la «Astraea» por ahí —dijo, después de sobreponerse de la impresión recibida al contemplar aquel espectáculo.

—Habrán huido… Quizá estén prisioneros, como Napoli y Betty… John Joseph, si están prisioneros, tendríamos que hacer algo para liberarlos. No quiero que acaben en un asador… aunque a usted no le disgustaría cortar una tajada del cuerpo de Van Drijn, ¿verdad?

—¡Puah! —contestó él—. Antes me pondría a cuatro patas, y empezaría a comer hierba. No tengo ganas de que esa carne coriácea me envenene la sangre.

—Usted le odia, capitán.

—Laura, primero hemos de pensar en nosotros. Aún no sabemos si todos están prisioneros ni qué es lo que piensan hacer con ellos, y mucho menos todavía, el lugar en que se encuentran. Pero podemos averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Capturando a uno de los nativos y obligándole a hablar.

—¿Bajo la tortura?

—No será preciso recurrir al daño físico. Hay otros procedimientos, Laura.

—Quizá no entienda su lenguaje.

—En tal caso, usaré el traductor psíquico.

—Ah, ha traído uno...

—No quise venir desprevenido. Conozco una docena de idiomas planetarios, pero aún ignoramos el lenguaje de los khatorianos. .

—Bien, y ahora, por favor, dígame cómo piensa capturar a uno de los indígenas.

Belows alzó la mano. Tenía los ojos fijos en un vehículo de carga que se disponía a partir de inmediato, repleta la plataforma de piezas que habían pertenecido a la «Astraea». Era muy semejante a un camión, de seis ruedas, con la peculiaridad de que la cabina era descubierta. Realmente, había poco más que un banco corrido, en el cual podían sentarse hasta tres personas.

Le extrañó que los nativos no necesitasen protección para viajar con el camión. Quizá, en el invierno, instalarían una cabina cerrada en el vehículo. Ahora hacía un tiempo excelente.

Un grupo de nativos terminaba de cargar el camión, en aquel instante. Belows vio que el conductor ocupaba su puesto y ponía el motor en marcha. Entonces, inició la retirada de aquel punto de observación.

—Sígame, Laura; vamos a iniciar la operación «Charla afable con un nativo locuaz y amistoso a la fuerza».

—Un título muy largo, ¿no le parece? —criticó ella. —Pero exactamente definitorio de lo que pienso hacer —respondió Belows, contundentemente.

* * *

El camión, de gran tonelaje, rodaba con obligada lentitud, por un terreno en el que no había ningún camino trazado. Sentado en su puesto, rígido como una estatua, el conductor manejaba los controles del camión con movimientos apenas perceptibles.

De pronto, algo silbó tenuemente en el aire. Un lazo se cerró en torno al cuello del nativo. Belows dio un seco tirón a la soga, y el conductor saltó del asiento, para estrellarse contra el suelo.

El camión, sin gobierno, se desvió por una pendiente cercana, hasta volcar en el fondo de una vaguada. Mientras, el nativo yacía en el suelo, absolutamente inmóvil. —Tira usted el lazo como un *cowboy* de hace mil años —dijo Laura.

—Todavía existen. De uno de ellos lo aprendí —contestó Belows, a la vez que se acercaba al caído—. Espero no haberle hecho mucho daño —agregó.

—¿Piensa interrogarle aquí? Pasarán más camiones... —No. Hablando claramente, voy a secuestrarlo. Le interrogaremos en lugar seguro —dijo él, mientras se arrodillaba junto al caído, para recobrar el lazo. De pronto, frunció el ceño. —No respira —dijo.

—Se habrá desnucado al caer —apuntó Laura. Belows se sentía muy intrigado. Había visto, con toda claridad, la caída del nativo, quien había chocado de costado contra el suelo. Lo más que podía haber sufrido era la fractura del brazo, quizá la clavícula... El tirón de la cuerda podía haberle dañado un poco el cuello, pero no había sido suficiente para causar una estrangulación instantánea.

La piel era blancuzca, con una leve coloración verdosa, y brillo tenuemente metálico. Los ojos del nativo estaban abiertos, y miraban fijamente al cielo.

Belows le puso la mano en el pecho. No, no se notaban movimientos respiratorios. Pero la epidermis estaba casi fría.

—Es imposible —dijo.

—¿Qué pasa, John Joseph?

—Ha transcurrido apenas un minuto desde la caída. Si hubiese muerto, conservaría todavía el calor corporal.

Ella apoyó los dedos en la mejilla del nativo.

—Está frío, en efecto.

Belows levantó el brazo izquierdo del sujeto. Pesaba horriblemente.

De súbito, una sospecha inconcebible se infiltró en su cerebro.

—No, no puede ser... Sacó el cuchillo. Laura se aterró. —Va a degollarlo —exclamó.

—No sea estúpida. Sólo quiero comprobar una cosa. Salvo un pequeño taparrabos, el nativo estaba completamente desnudo. Belows hincó la punta del cuchillo en la piel del tórax, entre las dos tetillas. Algo muy duro impidió la penetración del acero.

Estuvo así unos instantes, dubitativo, lleno de perplejidad. De repente, con el mismo cuchillo, rasgó el «slip». Laura lanzó un grito de sorpresa. Belows movió la cabeza repetidamente. Ella dijo:

—No tiene... Carece de...

—Carece de lo que tienen los seres humanos en esa región anatómica, porque es un robot. Y los robots, que yo sepa, se fabrican; no nacen mediante un proceso de apareamiento sexual, como los seres humanos. Por tanto, los órganos genitales son algo superfluo en una máquina con apariencia humana. Y no los tiene.

—John Joseph, ¿en qué mundo estamos? —preguntó ella, terriblemente aprensiva.

—En un mundo no demasiado agradable —contestó él. Miró un instante a la máquina con figura de hombre—. Eso explica las pisadas tan profundas que encontré a mi llegada —añadió.

—A mí me parecieron inhumanos, pero era una figura retórica, metafórica —dijo ella.

—Sí, son inhumanos porque, precisamente, no son humanos. Laura, vas a tener que ayudarme —pidió él— Son ciento cuarenta kilos de peso.

—¿Es que piensas llevártelo de aquí?

Belows sonrió.

—No puedo hacerle la autopsia en la mitad del camino —contestó.

Por medio de la cuerda, arrastraron el pesadísimo robot hasta el

coche. Por fortuna, el vehículo disponía de una pequeña grúa, con la que pudieron izarlo hasta la plataforma superior. Inmediatamente, Belows arrancó, para alejarse de aquel lugar.

—John Joseph, ¿puedes decirme para qué quieres hacer la autopsia a este robo? —preguntó la joven.

—Oh, para hacerle hablar —contestó él desenvueltamente.

—Pero el golpe le ha averiado sus circuitos…

—No lo creas. Habrá sufrido algún pequeño desajuste, una ligera desconexión… Nada que yo no pueda reparar sin demasiadas dificultades, aunque, desde luego, con bastante trabajo.

Laura le miró de soslayo.

—Eres el «Hombre-Maravilla» —dijo—. Entiendes de todo, y no me explico por qué no te llaman así, en lugar de «Tigre».

—Es que el apodo de «Tigre» me lo puso una mujer que pensó que yo la iba a devorar.

—¿Pensabas comértela?

Belows volvió la cabeza ligeramente, y sonrió de un modo especial.

—Esa es una frase que se pronuncia en determinadas ocasiones. Claro que una puritana no tiene por qué saber ciertas cosas —respondió.

Laura se sofocó violentamente.

—Sé entender el significado de esa frase —contestó. Remoloneó un poco y preguntó—: ¿Qué te dijo ella después?

—¡«Tigre mío»! Muy contenta, puedo asegurártelo.

CAPÍTULO VI

El robot yacía boca arriba en el suelo, con el pecho y el vientre completamente abiertos. A pocos pasos de distancia, brillaban las

llamas de una pequeña hoguera.

—John Joseph, ¿quieres un poco de café? —consultó Laura.

—Sí. Estoy terminando ya...

Laura le llevó un pocillo. Belows se enjugó con el antebrazo el sudor de la frente.

—Esto es peor que un parto —dijo.

—No sabes lo que te dices. Eres hombre —respondió

Laura.

—Afortunadamente. Pero lo dije en sentido metafórico... Bueno, creo que ya tengo listo a Guillermito.

—¿Se llama así?

Belows se echó a reír.

—Le he dado ese nombre mentalmente, más de una vez. —Apuró el café e inclinándose sobre el robot, ajustó un empalme, con ayuda de unas piezas y un diminuto destornillador. Luego se sentó sobre sus talones.

—Aguarda un momento —pidió Laura.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Hemos encendido una hoguera. Hay peligro de que huelan el humo y el café...

—Hasta ahora, que yo sepa, no se han construido circuitos olfativos para los robots. Lo más que tienen son circuitos visuales, lógicamente, y táctiles y auditivos. Pero carecen de los otros sentidos, esto es, gusto y olfato. A menos que los robots de esta clase tengan un circuito que les permita saborear el aceite de engrasar sus articulaciones.

—Eres incorregible —sonrió ella—. Bien, si crees que puedes hacerle hablar, empieza ya: estoy muerta de curiosidad.

—De acuerdo, preciosa.

Belows puso las manos sobre sus muslos, y se encaró con el robot.

—¿Me oyes? —preguntó.

—Sí —contestó la máquina, con voz notoriamente artificial.

—¿Sabes qué soy yo?

—Un humano.

—Y tú, ¿qué eres?

—Un robot.

—¿Por qué desguazáis la nave?

—No lo sé.

—Cumplís órdenes.

—Sí.

—¿Quién os da esas órdenes?

—Nuestros oficiales.

—Pero ellos, a su vez, las recibirán de alguien, de otra persona...

—John Joseph, creo que no te has expresado correctamente —intervino Laura—. Pregúntale mejor si los que le mandan y dan órdenes son hombres o robots.

—Sí, tienes razón. ¿Has oído a la mujer?

—Sí. Ella tiene razón. Mis jefes son robots, como yo —contestó la máquina con figura humana.

—Es decir, los que dan órdenes a tus oficiales son también robots.

—Sí.

—Deben de componer algún organismo... ¿qué nombre recibe?

—Consejo Máximo.

—¿Hay un presidente?

—Sí.

—¿Tiene nombre?

—Director Máximo.

—Ese cargo, ¿es electivo?

El robot guardó silencio.

—Es evidente que no guarda datos sobre esa pregunta, en sus circuitos de memoria —dijo Laura.

—Lo que has dicho significa que tu Director Máximo ocupa el puesto desde hace mucho tiempo.

—Sí, decenas de años. Siempre ha sido Director Máximo —contestó el robot.

—¿Tiene nombre peculiar?

—No, aunque se le denomina, para abreviar, Dirmax.

—No está mal. —Belows meneó la cabeza—. Por lo que puedo deducir, Dirmax ya ocupaba su puesto cuando tú... cuando te fabricaron.

—Yo llevo de vida doce años. Él ya era Director Máximo del Consejo Máximo.

Belows se volvió hacia la joven.

—Aquí parece que pasan cosas que ya sucedieron en la Tierra hace algunos siglos. Nunca falta el que gusta de un poder ilimitado, durante un tiempo también ilimitado.

Ella asintió.

—Pero se trata de robots, y no de seres humanos —alegó.

—Sin embargo, actúan como seres humanos —observó él—. Aunque, de momento, hemos de reconocerlo, ignoramos todavía sus propósitos.

—Pregúntale por qué desguazan las naves —indicó Laura.

—No lo sabemos. Nos lo ordenan —dijo el robot.

—¿Sabes? —murmuró Belows—. Me parece que, en Khator, lo que más abunda son las abejas obreras, si entiendes la metáfora.

—Sí, la entiendo —respondió Laura—. Unos cuantos mandan y los

demás, hala, a trabajar como enanos. Pero siendo máquinas, no entiendo qué beneficio pueden obtener de estar situados en un puesto más elevado que otros robots. Una máquina, por perfecta que sea, no puede albergar sentimientos de odio o afecto, o de orgullo y vanidad…

—Como he dicho antes, hemos atrapado a una de las abejas obreras, a un simple número del pueblo de los robots —dijo Belows—. Tendremos que intentar la captura de un robot de categoría más elevada, aunque eso va a resultar un poco más difícil.

De pronto, se volvió hacía su «prisionero».

—Viviréis en una ciudad, supongo —dijo.

—Sí.

—¿Está muy lejos?

—Unos ciento cincuenta kilómetros, hacia el noroeste, al otro lado de la cadena montañosa.

—Mucha distancia —apuntó Laura.

—No tenemos prisa —respondió él—. ¿Cuál es el número total de robots? —preguntó a la máquina.

—Unos ochocientos mil.

Laura emitió un gemido. Belows lanzó una imprecación.

—Estamos en Roboterra o Robotland, como quieras llamar a este planeta, mejor que Khator —refunfuñó—. Dime, ¿por qué han hecho prisioneros a unos humanos?

—No lo sé.

—Posiblemente, los robots tengan especificadas diversas funciones —apuntó Laura—. Por tanto, nuestro prisionero no tiene por qué saber los motivos por los cuales capturaron a Napoli y a Betty Mulligan, por no hablar de los exploradores de anteriores expediciones.

—Pero sí puede contestar a una pregunta —supuso Belows—. Dime, ¿qué sabes de una expedición que llegó aquí hace trescientos años, compuesta por doce personas de ambos sexos y doce robots?

—No sé nada.

—Ya sólo me falta una cosa —dijo el joven—. ¿Tenéis armas?

—Están fabricando fusiles, pero aún no he visto ninguno.

—¿Irán a lanzarse a una guerra? —exclamó Laura. —No lo sé, pero ya lo averiguaremos. El interrogatorio ha terminado.

Belows se inclinó sobre el robot y, con ayuda de unos alicates, arrancó un par de cables y un tubito de medio centímetro de grueso por cinco de longitud.

—Ya no es más que un montón de chatarra —dijo.

Laura se estremeció.

—Me siento como si hubiese presenciado un asesinato —murmuró.

—Si a una máquina le quitas una pieza esencial, ya no podrá funcionar, ¿verdad? Todos los robots tienen circuitos de memoria. Si a éste le hubiera dejado ir, alguien le habría preguntado por los motivos de su retraso. No nos conviene, simplemente.

—Sí, tienes razón —admitió ella—. Bien, ¿qué vamos a hacer, John Joseph?

—De momento, pasar la noche aquí. Estamos relativamente seguros, no hay plantas-vampiro, he conectado el detector de masas orgánicas y, además de hambre, tengo sueño. Como dijo aquél, mañana será otro día.

Al día siguiente, a media mañana, Belows detuvo su coche junto a un grupo de arbustos particularmente espeso. No lejos de allí, se divisaba un río de plácida corriente, flanqueado por numerosos árboles.

—Ahora puedes bañarte —indicó a la joven—. Sin embargo, observa las siguientes precauciones: mira, primero, si hay plantas vampiro en las inmediaciones. Segundo, antes de meterte en el agua, vacía el contenido de un bote de carne.

—¿Para qué la carne? —se extrañó Laura.

—Puede haber peces carnívoros. —Belows le enseñó su antebrazo izquierdo, en el que se veían unas pequeñas cicatrices—. Una vez estuve a punto de ser devorado por una bandada de peces, no mayores que mi dedo índice. Y era el lugar más ameno y encantador que jamás puedas imaginarte. No te fíes jamás, en un planeta desconocido.

. —Seguiré tus consejos —dijo ella humildemente, porque reconocía que Belows tenía una experiencia, difícilmente igualable, para moverse en mundos inexplorados.

—Ah, y si me oyes silbar, sal disparada del río, vuelve al coche y ponlo en marcha inmediatamente. No te preocupes de mí; yo sabría encontrarte, ¿comprendes-?

—De acuerdo, pero, al menos, dime, ¿adónde vas?

Belows señaló con la mano la cumbre de una loma situada a unos quinientos metros de distancia.

—Quiero echar un vistazo a lo que hay al otro lado —respondió.

Agarró el rifle y unos prismáticos, saltó al suelo y se volvió, sonriendo, hacia la joven. —Disfruta del, baño —deseó.

Inmediatamente se alejó, a paso gimnástico. En silencio, Laura admiró la fortaleza y agilidad de aquel hombre, tan distinto de otros muchos que había conocido. Ahora tenía la seguridad de que si alguien lograba sacarla con vida de aquel planeta, era precisamente Belows.

Mientras tanto, Belows, ajeno por completo a las reflexiones de Laura, seguía moviendo rítmicamente las piernas. Un cuarto de hora más tarde, había alcanzado la cima de la colina. Se tiró al suelo y, apoyando los codos sobre la hierba, llevó los prismáticos a los ojos.

Los gemelos eran un aparato óptico de enorme alcance, debido al diminuto motor electrónico, accionado por una micropila, que los convertía, mediante la rueda graduada correspondiente, en un pequeño telescopio binocular. Delante de Belows se extendía una inmensa llanura, delimitada a su izquierda por una larga cordillera de montañas, en algunas de cuyas cumbres se divisaban todavía manchas blancas.

De pronto, un singular espectáculo apareció en su campo visual.

A unos cinco kilómetros de distancia, podía ver una interminable hilera de camiones cargados con los despojos de la «Astraea». Otros camiones vacíos se cruzaban con los anteriores. A Belows le pareció una procesión de hormigas, yendo y viniendo de su hormiguero, a fin de hacer acopio de provisiones para el invierno.

—Hormigas, abejas obreras... ¿qué más da? —murmuró—. También en Khator, si hay un gobierno, se han establecido castas y clases...

Pero no entendía qué «placer» podía obtener un robot, al fin y al cabo una máquina, en mandar a otros u ocupar un puesto más elevado que los demás. Una máquina no podía tener sentimientos, se dijo. Los robots eran máquinas perfeccionadísimas, capaces, mediante sus complicados circuitos y los bancos de datos y de memoria almacenados en el interior de su estructura, de razonar como un ser humano; podían realizar operaciones matemáticas en fracciones de segundo; había robots auxiliares en los hospitales, conductores, pilotos, oficinistas... Los había en la inmensa mayoría de los planetas que él conocía, pero ninguno de ellos podía concebir sentimientos estrictamente humanos: amor, dolor, placer, simpatía, aversión...

Por tanto, según sus razonamientos, el interés de alguno de los robots que pululaban por Khator en ocupar puestos elevados resultaba ilógico. En el fondo de la mente de un político, siempre hay un punto de vanidad, pensó. Y ese sentimiento era inexistente en un robot.

Pero quizá los robots de Khator eran de otra «raza». Secuestraban seres humanos —y los asesinaban—, desguazaban astronaves y fabricaban armas. ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

Eran preguntas a las que no podía responder, por el momento. Dejando de lado sus reflexiones, procuró fijarse en un dato, que estimó de importancia.

Los camiones franqueaban la cordillera por un paso abierto entre dos montañas; un angosto desfiladero en el que, pensó, no sólo quedarían huellas de los vehículos, sino que también podría pasar su coche. Pero sería preciso dejar pasar algunos días, a fin de permitir que los robots hubiesen completado el desguace de la «Astraea». Terminada la observación, emprendió el regreso al lugar donde había dejado su coche. Laura estaba al otro lado de unos arbustos, y pudo ver sus blancos hombros por encima del follaje.

—No hay peces carnívoros en el río —declaró la joven. —Está bien. Ahora voy yo a bañarme —manifestó Belows—. Hay robots a cinco kilómetros. No enciendas fuego y abre bien los ojos. —Descuida, John Joseph.

Belows se acercó al río, y empezó a desnudarse. Momentos después, sentía en su epidermis la refrescante caricia de las aguas.

CAPÍTULO VII

Salió del río y permaneció unos instantes erguido sobre la hierba, disfrutando de la doble caricia del sol y de la leve brisa que corría en aquellos momentos. Las gotas de agua fueron escurriendo cuerpo abajo.

Un instante varió algo la dirección del viento, y le pareció captar un olor extraño, poco agradable. Pero muy cerca de él había un enorme macizo estallante de flores amarillas y su aroma disipó aquella ligera sensación, en contados segundos.

Terminó de secarse y se puso los pantalones cortos, que usaba desde hacía algunos días, debido a la benignidad del clima. Entonces oyó la voz de Laura:

—Eh, «Tigre».

Belows volvió la cabeza. Laura estaba al otro lado de los arbustos. Prendidas en el pelo, tenía algunas flores amarillas, que contrastaban agradablemente con la intensa negrura de sus cabellos. Sujetaba otra flor con los dientes y sonreía.

—¿Eres, de veras, un tigre? —le preguntó ella.

Belows sonrió también.

—¿Quieres comprobarlo?

—Una vez dijiste que serías capaz de comer una loncha de uno de mis muslos, bien asadito. ¿Hablabas en serio?

—Era una fanfarronada, claro. Además, no siempre me como a las mujeres; más de una me ha comido a mí. —No me digas... ¿Te dejaste devorar? —Y muy a gusto.

Ella seguía sonriendo. Belows, con los pantalones cortos solamente, avanzó unos pasos.

—Cuidado, «Tigre» —dijo Laura.

—Ahora lanzaré un rugido, luego...

De pronto, dio la vuelta al matorral.

Laura estaba completamente desnuda. Belows admiró la rotundidad de sus formas, la singular esbeltez de su figura y la tersura de su piel. Extendió los brazos, pero entonces, Laura, repentinamente, lanzó una carcajada, dio media vuelta y echó a correr.

—Cázame, «Tigre» —le desafió jubilosamente.

Belows sonrió un instante.

—Tienes ganas de ser devorada, ¿eh? —murmuró—. Ahora vas a saber lo que es bueno.

Laura se perdía entre la espesura cercana. Belows echó a correr, más rápido que la joven, pero dando un rodeo, a fin de rebasarla y esperarla de frente. Ganó un enorme espacio en pocos segundos e inició la curva que habría de situarle en el camino de Laura.

Repentinamente, oyó un agudísimo chillido.

La voz de Laura encerraba una nota de terror infinito. Despreciando posibles arañazos de los arbustos, Belows saltó hacia adelante directamente, hasta alcanzar a la joven, parada en el centro de un pequeño claro, con los ojos fijos en un horripilante espectáculo.

Entonces, en una fracción de segundo, comprendió que la sensación de hedor que había percibido al salir del río no había sido una mera ilusión.

Laura seguía chillando, presa de un ataque de histeria. Belows saltó hacia ella y le tapó la boca con ambas manos.

—Por lo que más quieras —dijo—. Los circuitos auditivos de los robots son muy sensibles, y no están demasiado lejos.

Ella, con los ojos desmesuradamente abiertos, hizo un gesto de aquiescencia, como indicando haber comprendido la observación del joven. Sin soltarla, porque preveía estaba a punto de desplomarse al suelo, Belows la hizo volverse de espaldas a los dos cadáveres.

—Repórtate —dijo—. Procura mantener la serenidad.

Están muertos, y nada de lo que hagamos puede volverles ya a la vida.

Liberó la boca de la joven. Laura respiraba afanosamente.

—Oh... Estoy... Son ellos, ellos...

—¿Tripulantes de la «Astraea»? —preguntó Belows.

—Napoli y Betty.

Belows observó que Laura continuaba temblando, con fuertes sacudidas. Apretó sus desnudos brazos con ambas manos.

—Procura ser fuerte—dijo—. Vuelve al campamento y vístete. Iré en seguida.

—No tardes —rogó ella.

—Por desgracia, no puedo entretenerme a enterrarlos —contestó Belows sombríamente—. Pero he visto algo…

Laura se alejó dando tumbos, como si estuviese borracha. Dominando la repugnancia que sentía, Belows se arrodilló junto a los cadáveres.

Estaban completamente desnudos. Con un horror que le hizo sentir frío hasta la médula de sus huesos, observó que Napoli y Betty Mulligan habían sido sometidos a una espeluznante operación quirúrgica. Aún se notaban las señales del escalpelo y de las agujas de sutura, pero era evidente que ninguno de los dos había podido resistir la operación.

—Dios mío —murmuró, hondamente impresionado—. ¿Por qué les han hecho *esto?*

Estuvo inmóvil durante algunos segundos. Por el aspecto, calculó que Napoli y la navegante Mulligan habían muertos dos días antes, tal vez tres, pero no más. Luego, de repente, se irguió, dio media vuelta y echó a correr.

* * *

Laura estaba ya en el coche. Lo único que hizo él fue recoger sus cosas, pero saltó al puesto del piloto sin terminar de vestirse, aunque se encasquetó el sombrero. Dio el contacto, y enfiló el vehículo hacia el río.

—Vamos a alejarnos un centenar de kilómetros, en dirección paralela a la cordillera —dijo—. Dejaremos pasar algunos días, no se les ocurra buscarnos por ese lugar.

—¿Crees que nos buscarán?

—Has gritado mucho —respondió él—. No te lo reprocho; era un espectáculo poco agradable, aparte de la sorpresa, claro.

—Lo siento —dijo Laura contritamente—. No pude contenerme.

—Olvídalo —aconsejó Belows. Durante unos momentos, se entregó a la tarea de manejar el coche con todo cuidado, a fin de franquear el río. Luego, cuando ya estaban al otro lado, añadió—: Lo peor no es que estén muertos, sino lo que les han hecho, aunque no comprendo en absoluto los motivos.

—¿Los han torturado?

—Si los anestesiaron y despertaron de la anestesia, su tortura tuvo que ser mental. Deseo que muriesen durante la operación.

—John Joseph, no me amedrantes más. Dime, de una vez, qué les han hecho —pidió ella, terriblemente asustada.

—Si me lo hiciesen a mí y sobreviviese, me pegaría un tiro —contestó Belows ceñudamente—. Simplemente, les han extirpado los órganos sexuales por completo. A los dos.

Laura oyó aquellas espantosas palabras, y se mareó. Belows tuvo que sostenerla por un brazo para que no se cayera fuera del vehículo.

—No... no lo puedo creer... —gimió ella—. Extirpar...

—Por completo —repitió él—. Lo vi con todo detalle. Mira, no tengo la menor simpatía para nadie que trabaje para Van Drijn, pero ni a mi peor enemigo le desearía una cosa semejante.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué utilidad pueden tener, para los robots, unos órganos sexuales?

—Laura, te daré la respuesta cuando hayamos podido capturar a un robot de rango elevado —dijo Belows—;. Pero antes de hacer nada, vamos a dejar pasar unos cuantos días, ¿eh?

—Sí, lo que tú digas... —Ella se tapó los ojos con las manos—. No sé cuánto tiempo tardaré en olvidar esas espantosas imágenes....

—El tiempo lo borra todo —filosofó él. Y continuó—: Uno pensaría que, en una sociedad exclusivamente compuesta por robots, no existirían clases sociales, pero, desgraciadamente, los que piensen así,

tendrán ocasión de saber que estaban equivocados. Cuando menos, los robots que habitan este planeta han adoptado algunos de los peores hábitos humanos.

—Sin embargo, dejan a los muertos insepultos. ¿No te parece que debieran enterrarlos?

—Si yo fuese un robot, te diría: «¿Para qué? No puedo percibir el hedor de la carne en descomposición, no me importa lo que le pase a un" cuerpo ya sin vida...» aunque opino que es un hábito que desconocen. De todas maneras, este detalle es el menos importante de todos.

Laura, algo más repuesta, hizo un gesto de aquiescencia.

Callaron unos momentos. Al cabo de un rato, ella dijo: —Me gustaría saber qué ha sido del capitán Blake, de

Van Drijn... ¿habrán caído también prisioneros de los robots?

—Aún no es tiempo de darte una respuesta. Y, aunque me llames egoísta, te diré que no voy a perder demasiado tiempo buscándolos. Si se presenta" una ocasión propicia, por supuesto, los salvaré. Pero si el riesgo es excesivo... bien, yo tengo una misión que cumplir, y he de pensar en mi pellejo. Y en el tuyo también, por supuesto.

—No eres demasiado generoso —dijo ella críticamente.

—Van Drijn no es precisamente objeto de mi predilección. Te digo que lo salvaré, a poco que pueda y si está en un apuro; pero, entiéndelo bien de una vez, entre mi vida y la suya, no puedo hacer una elección perjudicial para mí.

Laura calló. En el fondo, estimó, Belows tenía razón.

Estaban en un mundo poblado por máquinas hostiles. El imperativo más exigente, en aquellas circunstancias, era intentar salvar su propias vidas.

* * *

Aquella noche acamparon en lo más profundo de una angosta cañada, abundante en árboles y hierbas, con numerosas rocas desprendidas de

las laderas. Un arroyuelo de escaso caudal, pero suficiente para sus necesidades, corría serpenteando por el centro. La posición era relativamente desfavorable, pero estaba a más de cien kilómetros de la carretera utilizada por los camiones de transporte de los robots.

Belows conectó el detector de masas orgánicas, y también otro detector de metales.

—Un robot llevaba encima una cantidad enorme de metal. Si alguno se acerca, lo sabremos en seguida —explicó, después de terminar la instalación de los lectores.

—¿Qué pasaría si nos atacasen desde las alturas?—quiso saber ella.

—El detector funciona en todos los sentidos. Emite ondas esféricas, y captaría inmediatamente la presencia de un posible atacante mecánico.

A continuación, buscó leña y encendió una hoguera. Después de cenar, se reclinó sobre un codo, con el cigarro entre los dientes.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Empiezo a acostumbrarme a los sobresaltos —respondió ella—. Nunca pensé que pudieran ocurrirme tantas cosas, en Khator.

—Debieras haberlo pensado, antes de venir aquí. Tres expediciones de exploración se habían perdido ya. Por tanto, era lógico suponer que había elementos hostiles en este planeta.

—Sí, aunque nunca me imaginé... Bueno, de nada sirve ya lamentar lo sucedido. —Laura, sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas, volvió un poco la cabeza para mirarle—. Tú viniste solo. ¿Por qué?

—Bueno, llamaron a alguien que pudiera actuar de una forma un tanto ortodoxa. Ya te dije que tres expediciones habían venido y se perdieron. No cabe la menor duda de que actuaron con arreglo a unos reglamento, anticuados en muchos casos.

—¿Por qué están anticuados, John Joseph? —Ahora no se enseña a los exploradores más que a manejar instrumentos y máquinas —contestó él desdeñosamente—. Están habituados a toda clase de comodidades y claro, en cuanto surge algún imprevisto, no saben reaccionar.

—Tú, sí, por lo que se puede apreciar —dijo ella, un tanto sarcásticamente.

—La vida es un don precioso, y es preciso conservarla a toda costa, muchas veces por medios no demasiado legales, pero absolutamente efectivos. Mira esas llamas. ¿Te gusta verlas danzar en la oscuridad de la noche?

—Sí, resulta agradable.

—Pues nosotros lo tenemos prohibido. Cuando se explora un mundo nuevo, no se puede siquiera hacer fuego para calentar la comida. Hay que tratar a los árboles y las plantas con el más exquisito cuidado; no se puede matar animales nativos para alimentarse… ¡Tonterías! En mundos perfectamente habitables por el ser humano, quemar unas ramas o matar un animal más o menos parecido a un conejo, no causa absolutamente el menor daño. Sobre todo si se piensa que un día, cuando en ese planeta se inicie la colonización, se talarán árboles y se cazarán conejos y gamos o los animales propios de ese mundo. Los exploradores actuales, en cuanto los sacas de sus cuches, no saben hacer absolutamente nada con las manos, salvo sostener los detectores. Laura sonrió.

—Yo pensé que un explorador debía ser un hombre hábil y mañoso —dijo.

—Oh, ahora llegan a un planeta, desembarcan, sacan sus aparatitos, miden la gravedad y examinan unos cuantos datos más, se dan unos paseos aquí y allá, toman fotografías, impresionan algunas películas… y eso es todo. Naturalmente, los que llegaron a Khator, en cuanto tuvieron que afrontar unos hechos inhabituales, fracasaron. Y el fracaso, aquí, significa la muerte.

—Y tú opinas que un explorador debe saber valerse por sí mismo, en las más difíciles circunstancias.

—Por eso estoy vivo.

Hubo un momento de silencio. Un tronco se partió y un pequeño chorro de chispas subió a lo alto. Una vez más, Laura se felicitó por su buena suerte, al haberse encontrado con el capitán Belows.

De otra manera, ahora estaría muerta y mutilada espantosamente como Betty Mulligan.

CAPÍTULO VIII

Dos días más tarde, Laura observó que Belows estaba acuclillado junto a la orilla del arroyo, completamente inmóvil, en una postura que le intrigó enormemente.

Belows se había situado en un punto donde la corriente de agua, debido a una barrera de rocas, formaba una especie de remanso de regulares dimensiones. Laura apreció un palo recto y delgado en la mano derecha del joven.

De súbito, Belows disparó el palito. Un instante después, sacaba del agua algo que coleteaba vivamente.

—¡Aja! —exclamó Belows, satisfecho—. Hoy sí que vamos a poder variar el menú.

Belows regresó al campamento, con un pez en la mano. Ulano, levantó su presa para que ella pudiera contemplarla con todo detalle.

—Limpio, dará un buen kilo de sabrosa carne de pescado. No es salmón, pero se le parece muchísimo.

Ella se puso una mano en la boca.

—Pescado... ¿Voy a tener que comer... eso?

Belows la miró de reojo.

—Bueno, si no te gusta... Apostaría algo a que sólo has comido pescado sintético, ¿verdad?

Laura hizo un gesto ambiguo.

—No es tan malo —dijo.

—Oh, no, salvo que está hecho con desperdicios de hulla, petróleo y qué sé yo cuántas porquerías más. —Agitó el pez—.Nada como lo natural, preciosa, pero si no quieres probarlo, yo despacharé tu parte.

—No creo que me guste el pescado crudo —dijo ella.

—Tampoco a mí, a menos que no tenga *elementos* para encender fuego. Te apuesto algo bueno a que, dentro de media hora, me pides una buena tajada de pescado.

—¿Qué he de apostar?

Belows sonrió.

Laura se puso colorada.

—Oh, no eso, no...

—El otro día, preciosa...

—El otro día tuve... un mal momento. Pero dudo mucho de que se repita.

—Lástima —suspiró él.

Inmediatamente, se puso a trabajar. Limpió cuidadosamente el pez, y lo abrió por la mitad. Luego reavivó la hoguera y colocó encima una gran roca plana, bien lavada. Un cuarto de hora después, pudo colocar el pez, debidamente untado de mantequilla por ambos lados.

A los pocos minutos, un delicioso olor inundó la atmósfera. Laura sintió un repentino aflujo de saliva a su boca.

—Vo...voy a pre...preparar los platos —dijo.

Belows se echó a reír.

—¿Por qué no habrás aceptado la apuesta? —se lamentó.

Al terminar, Laura tenía los ojos muy brillantes.

—Es lo mejor que he probado en mi vida —confesó.

—En ocasiones, resulta muy agradable la vuelta a los orígenes, esto es, a la naturaleza. Pero resultaría mucho más agradable si estuviéramos en circunstancias más tranquilas.

Laura se puso seria de repente.

—No es una situación muy agradable, en efecto —convino.

—Pero tampoco es para desesperarse. Estamos satisfactoriamente vivos y, una cosa muy importante que no debes olvidar, somos seres humanos. Un robot puede realizar un cálculo muy complicado en fracciones de segundo, mientras que a nosotros nos costaría semanas o meses; puede guardar millones de datos en sus bancos de memoria... pero es un robot y no un ser humano, y no hará nada que no haya sido

previamente grabado en sus circuitos mnemotécnicos.

—Pero los robots establecen, por sí solos, determinadas conclusiones...

—Porque son datos grabados previamente en su memoria —insistió él —. Y aunque estén en bancos distintos, los circuitos de interrelación los ponen en contacto, y ello les permite llegar a una deducción, por medio de la cual toman una decisión. Pero si tal o cual dato no está grabado en su memoria, ese robot no será capaz de adoptar una decisión que un hombre tomaría por sí solo. —Creo que voy entendiendo —sonrió la joven. —Indudablemente, los robots van almacenando más y más datos cada día en sus bancos de memoria, pero no tienen detrás de sí veinte o treinta mil años de historia conocida, como nosotros, los humanos. El instinto de supervivencia, por ejemplo, combinado con un poco de astucia, puede resultar infinitamente más activo que la mejor batería de bancos de memoria de un robot.

—Bueno, oyéndote, se diría que has nacido entre robots.

—Aparte de que ya tenía conocimientos sobre el particular, es un tema que me interesó siempre bastante, en los últimos meses tenía muy poco trabajo. Por tanto, me dediqué a refrescar mi memoria sobre ello, aparte de que he tenido la ocasión de adquirir nuevos conocimientos sobre robots.

—Eres polifacético; haces todo, sabes todo... Laura se interrumpió bruscamente, a la vez que se ponía en pie.

—No quiero seguir por ese camino; es demasiado resbaladizo —dijo precipitadamente—. Buenas noches, John Joseph.

Belows lanzó una risita socarrona.

—Buenas noches, Laura.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Belows se entregó a una tarea que le ocupó la mayor parte del día, enfrascándose en ella hasta tal punto, que ni siquiera quiso detenerse para almorzar. Laura le observó en más de una ocasión, aunque sin formularle preguntas indiscretas, y pudo ver que uno de los instrumentos que utilizaba el joven era un microscopio, que supuso electrónico, ya que estaba conectado por un cable al generador del coche.

Pasada la media tarde, Belows lanzó un grito;

—¡Laura, ven!

Ella acudió en el acto. Sonriente, Belows le enseñó un pequeño objeto.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—No tengo la menor idea, aunque me parece recordar que se lo quitaste al robot...

—Exactamente. Es el circuito principal de conexión, sin el cual un robot no puede funcionar, de la misma manera que en una casa no hay luz, cuando quitas los fusibles.

—Eso ya lo sabías, me parece —alegó Laura.

—Sí, pero quería comprobar otra cosa. No hubiera podido hacerlo, de no disponer en mi equipo de este pequeño microscopio electrónico, que me permite aumentar las cosas doscientas mil veces. Maravillas de la ciencia moderna, preciosa.

—Ahora ya no desprecias la ciencia...

—Nunca la he despreciado, antes al contrario, la respeto enormemente, pero no dejo que me convierta en su esclavo. Por eso, el microscopio, una máquina al fin y al cabo, es mi esclavo o, si la palabra no te gusta, mi ayudante, mi colaborador...

—Bueno, basta ya de charla —cortó ella, de buen humor—. Suéltalo ya de una vez. ¿Qué pasa con ese cacharrito que sujetas con dos dedos?

—Simplemente, y aunque lo exprese con palabras melodramáticas, es la semilla que nos proporcionará la victoria final.

Laura le miró fijamente durante un segundo, como si dudase de aquella afirmación. Pero, aunque sonreía, pudo apreciar que Belows hablaba completamente en serio.

—Explícamelo, ¿quieres? —solicitó.

—Con mucho gusto, pero antes quiero que sepas una cosa. O que la recuerdes, tanto da. ¿Sabes lo que pasa en un cuerpo humano cuando un órgano o un miembro no se usa durante mucho tiempo?

—Se anquilosa, se atrofia...

—Exactamente es lo mismo que sucede con este circuito —dijo él,

triunfalmente.

* * *

Emprendieron la marcha, pocos días después. Belows estaba decidido a llegar a la capital de los robots. Laura era plenamente consciente de los riesgos que corrían, pero se daba cuenta claramente de que el plan ideado por Belows era el único viable.

—Porque, aunque sean robots, no podemos traer aquí unas cuantas escuadras de naves de bombardeo para conquistar el planeta —añadió él, como justificación al plan que le había expuesto.

—La cosa, sin embargo, no puede salirte tan bien como piensas —objetó Laura.

—Trataré de reducir los riesgos al mínimo, pero es preciso llevarlo a la práctica —dijo Belows, firmemente resuelto.

Poco después, salían a la llanura, con más irregularidades, lomas y vaguadas, de lo que parecía a primera vista. Era, sin embargo, un mundo muy agradable y de notable fertilidad. La colonización resultaría sumamente fácil, cuando se iniciase,

—Aunque, una vez solucionado el problema de los robots, tendrán que venir las primeras expediciones de científicos: biólogos, botánicos, ecólogos, geólogos... No se puede admitir un solo colono sin un previo estudio de, por lo menos, un buen trozo del planeta. Pero esas exploraciones ya no correrán ningún riesgo, y en un par de años quedarán ultimadas.

—¿Te gustaría vivir aquí? —preguntó Laura.

—Psé... Quizá una temporada... pero me gusta más Haphastar.

—He oído hablar de ese planeta. Las gentes son amables, pacíficas, cariñosas... y las mujeres, muy bellas y complacientes.

—Sí, son hermosas de veras. A lo mejor, un día me voy a vivir allí.

—Como un salvaje, en plena naturaleza.

—No es tan malo, mujer. Sobre todo, si se piensa que no hay víboras

de la clase de Van Drijn. Pero, en resumidas cuentas, aún no he decidido mi futuro...

Belows se interrumpió bruscamente. Al otro lado de un grupo de arbustos se producía una singular agitación de los ramajes.

—Ahí pasa algo —dijo, a la vez que agarraba el rifle—. Voy a ver...

—Cuidado —recomendó la joven, aprensiva.

Belows saltó al suelo. Laura le siguió, a poca distancia. Al dar la vuelta a los arbustos, vieron algo que les llenó de horror.

* * *

Había un hombre preso por los succionantes zarcillos de una planta vampiro. Las fuerzas le habían abandonado ya, y estaba caído en el suelo. Lo verdaderamente horripilante del caso era que uno de los zarcillos se había fijado en su yugular, y aspiraba la sangre del desdichado como si funcionase por la acción de una potente bomba aspirante.

—¡Katkharian! —gritó Laura.

Belows no se entretuvo en gritar. Sacó el cuchillo, saltó hacia adelante, y empezó a cortar aquellos tentáculos vegetales que se movían como serpientes vivas. El primero que seccionó de un tajo fue el que estaba fijado al cuello del desgraciado.

Extrañamente, el trozo de zarcillo pegado al cuello se cerró por sí mismo, en una especie de autosellado, que impidió que la sangre siguiera brotando al exterior. Inmediatamente, Belows agarró al hombre por los sobacos, y lo arrastró a lugar seguro.

Lleno de pesimismo, observó que el individuo tenía la cara blanca, sin duda debido a la pérdida de sangre. Peto aún respiraba, lo que le hizo concebir ciertas esperanzas.

—Es Eddie Katkharian, uno de los tripulantes de la «Astraea» —indicó Laura.

Belows dejó el rifle en el suelo

—Quédate con él —dijo—. Tengo plasma en el coche. Es posible que podamos salvarle la vida. Incluso, si consigo que aguante media hora, podré preparar lo necesario para una transfusión de sangre.

Con lágrimas en los ojos, Laura se arrodilló al lado del tripulante, sosteniéndole la cabeza con las manos.

—Eddie —llamó.

Katkharian abrió los ojos.

—Señorita Laura... —dijo, con voz debilísima.

—El capitán Belows te salvará...

—Ese maldito bicho me atrapó... He estado muchos días vagando sin rumbo... Los nativos hicieron prisioneros a la mayoría de nosotros... También al capitán Blake y al señor... Van Drijn...

La voz de Katkharian se hacía cada vez más débil.

—Eddie, ¿sabes dónde están? —preguntó ella.

—No...

Los ojos de Katkharian volvieron a cerrarse. Laura buscó su pulso. Apenas si se percibía. La anemia era enorme.

Belows llegó con el plasma, y se dispuso a inyectarlo en las venas del desgraciado. Laura levantó una mano.

—No te molestes —dijo—. Ha muerto.

Belows se quedó inmóvil unos segundos.

—Siempre sentí antipatía hacia cualquiera que trabajase para Van Drijn, pero a ninguno de sus hombres le desearía una muerte semejante —manifestó sombríamente.

—Están prisioneros de los robots —declaró Laura, ya en pie—. Al menos, la mayor parte. Van Drijn y Blake también han sido capturados.

—En tal caso, no nos queda otro remedio que ejecutar mi plan.

Belows hizo una pausa.

—Procuraré salvarlos y ojalá lo consiga, pero, créeme, de Khator, Van Drijn irá a parar a una cárcel —añadió ceñudamente—. Y él y todos sus amigos políticos que le han ayudado en esta disparatada empresa, acabarán en la más completa ruina. Han violado demasiadas leyes planetarias para que esta vez puedan obtener protección a sus desafueros.

—Yo también estoy complicada en el caso —dijo Laura.

—Entonces, a menos que me mates/tendrás que afrontar las consecuencias.

—Suponiendo que salgamos, con vida de Khator, John Joseph.

—Haré todos los posibles para nuestra supervivencia, de eso puedes estar segura. —Belows contempló unos instantes el cuerpo inmóvil de Katkharian y añadió—: Voy a buscar una pala. Ahora tenemos tiempo de sobra para cavar una tumba.

Cuando volvía hacia el coche, se detuvo.

—Laura, aunque la tumba no se vea, será un monumento a la ambición de Van Drijn —dijo.

Ella guardó silencio. Realmente, no tenía palabras que oponer a las de su acompañante.

CAPÍTULO IX

Avanzaban ahora a lo largo de una extensísima llanura, cubierta de una espesa hierba amarillenta, que en algunos puntos alcanzaba casi un metro de altura. También se veían algunos matorrales esparcidos irregularmente. Belows observó la sequedad de los vegetales.

—Es cosa lógica —murmuró—. Hemos llegado al final del verano khatoriano. Los inviernos, sin embargo, deben de ser bastante benignos, salvo en las zonas montañosas, claro.

Laura asintió en silencio. De pronto, y aunque sentía cierta repugnancia a tratar del tema, hizo una pregunta al joven:

—John Joseph, dime, ¿cómo pueden vivir las plantas-vampiro? Porque, vamos, todos los días no pasa un hombre al alcance de sus zarcillos, aunque también es lógico suponer que, de cuando en cuando, capturarán algún animal de sangre caliente, ¿no crees?

—Bien, lo primero que hemos de tener en cuenta es que, sobre todo, se trata de una planta. En muchos planetas, incluida la Tierra, hay plantas carnívoras que se alimentan *parcialmente* de seres vivos. Pero tienen raíces, y éstas les proporcionan los elementos minerales que necesitan para su existencia. Una planta carnívora no muere porque pase mucho tiempo sin echarse un bichito al buche. Y lo mismo sucede con esa planta-vampiro, con la que el pobre Eddie tuvo la desgracia de toparse.

—Si se coloniza Khator, será preciso exterminarlas —dijo Laura.

—Preciosa, piensa en que cada ser vivo, animal o vegetal, tiene una función que cumplir. Lo que sí será preciso es, primero, advertir de su existencia y, segundo, señalar visiblemente el lugar en que hay una planta-vampiro para evitar el peligro.

—Se las podrían encerrar en cercas...

—No, bastaría una señal bien visible. A tin de cuentas, también necesitan un poco de sangre de cuando en cuando, aunque sea de animales. No se debe, interferir en los procesos de la naturaleza, excepto para salvar la propia vida, como te sucedió a ti la primera vez. Pero si un día ves una planta-vampiro que ha atrapado un conejo con sus zarcillos, déjala que se alimente.

—Bueno —sonrió la muchacha—, en el mundo de los hombres, no existen paraísos perfectos.

—Es que el hombre tampoco es perfecto —dijo Belows sentenciosamente.

De repente, escucharon el sonido más extraño que podían soñar oír en aquellos parajes: el estampido de un arma de fuego.

La bala pegó en un trozo de chapa de la carrocería, y se alejó con estremecedor aullido.

* * *

Belows paró inmediatamente el coche.

—Aquel robot tenía razón: han fabricado fusiles —dijo.

Agarró el suyo, y pasó los mandos a la joven.

—Conduce tú —ordenó—. Sigue recto.

Se oyó otro disparo. La bala silbó alta.

—Les falta entrenamiento —murmuró Belows despectivamente, mientras buscaba situarse en la parte superior del departamento de carga del vehículo.

Había cuatro robots a unos doscientos metros de distancia, los cuales trotaban rítmicamente detrás del coche. Habían salido de una pequeña hondonada, que les había permitido ocultarse hasta aquel momento. A Belows le habían pasado inadvertidos, y de ahí la sorpresa, de la cual ya se había repuesto.

De pronto, lanzó un grito:

—¡Alto, Laura!

Ella detuvo el coche, de inmediato. Tendido de bruces, Belows tomó puntería.

Los robots continuaban moviéndose hacia el vehículo. De cuando en cuando, hacían algún disparo. Su puntería, observó Belows, era desastrosa.

Apretó el gatillo. La cabeza de uno de los robots voló en mil chispas brillantes. La máquina con figura humana cayó al suelo.

Disparó varias veces seguidas. Resultaba lamentable tener que destruir unas máquinas tan valiosas, pero aquellos robots, eran incansables, y podían perseguirles días enteros. El coche era lo suficientemente grande y pesado como para dejar anchas huellas de roderas en la llanura herbosa, lo que facilitaría la persecución.

Los robots fueron cayendo sucesivamente, destruidos por los certeros disparos de Belows.

—¡Se acabó! —gritó, satisfecho.

—¿Estás seguro, John Joseph? —preguntó Laura.

—Eran cuatro y los he destrozado a balazos —confesó él.

—Pero todavía quedan más, muchos más...

Belows se alarmó al captar una nota de angustia en la voz de la joven. Al volverse, divisó algo que le dejó estupefacto.

Frente a ellos, a unos quinientos metros de distancia, se veía una larguísima hilera de robots, que caminaban con paso firme a su encuentro. Belows comprendió en aquel momento que el Director Máximo había decidido capturarles, a toda costa.

Dirmax había debido llegar a la conclusión de que los dos terrestres fugitivos, que disponían de un coche, eran elementos muy peligrosos, a los que había que destruir inexorablemente, bien por captura, bien por muerte física. Belows se dijo que no estaba dispuesto a que Dirmax pudiese conseguir éxito en sus planes.

—Lo menos son cuatrocientos, John Joseph —dijo la muchacha, muy asustada.

Belows guardó silencio durante unos momentos. En aquel instante, los robots empezaban a abrir más espacio en sus filas, a la vez que iniciaban la formación de un semicírculo que no medía menos de un kilómetro y medio de largo.

De pronto, sonrió.

—Laura, una vez te dije que los robots no están habituados a situaciones que no hayan sido grabadas previamente en sus bancos de memoria —recordó a la joven.

—Sí, es cierto, pero ahora actúan como hombres cuando se disponen a capturar a un fugitivo peligroso.

—Desde luego, y saben lo que tienen que hacer, pero sólo hasta cierto punto. No te preocupes, vamos a darles una sorpresa.

Dejó el rifle a un lado, y saltó al suelo. Buscó una larga soga, la que había empleado precisamente como lazo, y la ató a la zaga del coche.

A continuación, con el cuchillo, cortó un par de arbustos completamente secos, que ató al otro extremo de la cuerda. Mientras, Laura observaba temerosamente el incesante avance de los robots, que

ya habían reducido su distancia en doscientos metros.

Al ritmo de marcha que llevaban, los alcanzarían en tres o cuatro minutos como máximo, observó, muy deprimida. Pero, ¿qué estaba haciendo Belows?

De repente, notó olor a humo. El joven se sentó a su lado, casi en el acto.

—Vamos a darles una sorpresa —dijo alegremente.

El coche arrancó, aparentemente en dirección al extremo de la hilera de robots, Unos segundos después, Belows viró en redondo e hizo que el vehículo rodase paralelamente a la formación atacante.

Laura volvió la cabeza. Estupefacta, observó el fuego que consumía los arbustos atados a la soga. Las llamas se propagaban con gran rapidez a la hierba seca. Ya se elevaban grandes columnas de humo. Brotaban chispas, que eran arrastradas por la brisa, y provocaban nuevos focos de incendio.

Belows reía alegremente. El fuego se propagaba con tremenda rapidez. Ahora había ya una barrera de altísimas llamas, que cerraba el paso por completo a los robots.

Unos minutos después, Belows paró el coche, se apeó y cortó la parte quemada de la cuerda. Luego volvió a su puesto de conductor.

Contempló el luego, satisfecho de su tarea. El frente del incendio tenía una amplitud de más de dos kilómetros y, favorecido por la ligera brisa que soplaba, además de la sequedad de la vegetación, se extendía con impresionante rapidez.

Él cielo estaba oscurecido por el humo. De cuando en cuando, se oían estallidos de algunas ramas secas. Carbones encendidos volaban por los aires, y extendían más y más el fuego.

—Ahora tendremos que dar marcha atrás de nuevo —dijo él, a la vez que accionaba el arranque del coche—. Pero no nos importa; tenemos tiempo de sobras.

Hondamente impresionada, Laura contempló el fuego, que prometía devasfar la llanura entera. En algunos lugares, las llamas alcanzaban diez y más metros de altura. A pesar de que la brisa no era muy fuerte, bastaba, sin embargo, para avivar el incendio, que no se detendría, hasta haber consumido cuanto encontrase a su paso.

—Has provocado una catástrofe ecológica —le reprochó, sin embargo, y ello a pesar de que había salvado la vida.

—No lo creas —contradijo él—. ¿Acaso no sabes que siempre se producen fuegos, por la acción de las fuerzas de la naturaleza? Estamos a fines de verano, época propicia a las tormentas. Cuando se produzca una tormenta, ¿cuántos rayos no descargarán sobre la tierra?

—Eso sí es cierto —admitió Laura, dándose cuenta de que los argumentos del joven eran irrebatibles.

—No te preocupes; quedarán cenizas, cuando se apague el fuego, pero, a la primavera próxima, esta llanura volverá a estar cubierta de verdor. Siempre pasa así, y más, en terrenos vírgenes.

—John Joseph, estoy de acuerdo contigo en todo, salvo en una cosa.

—Dime, belleza.

—El viento soplaba a nuestro favor, pero, ¿qué habría sucedido en caso contrario?

—Hubiera dado un gran rodeo, para situarme a su espalda. Ellos van a pie; el coche, en esta llanura, puede rebasar cómodamente los cincuenta kilómetros por hora.

—Podrías, en tal caso, haber usado el fuego como protección.

—No, porque tendríamos que haber huido por delante de él, ya que de nuevo nos alejamos del paso de la cordillera. Y no sabemos cuándo se extinguirá la última hoguera.

De repente, se oyeron distantes estallidos, muy rápidos» como si se hubiese prendido fuego a una traca.

Alarmada, Laura volvió la cabeza.

—No te preocupes, guapa —rió él—. Las municiones explotan al contacto del fuego. Dirmax acaba de perder un batallón de robots.

—Lo dices muy satisfecho, pero la verdad es que acabas de destruir cuatrocientas máquinas, de enorme valor.

—Esas máquinas, que tú dices son tan valiosas, estaban dispuestas a capturarnos, para, seguramente, acabar como Napoli y Betty Mulligan.

Belows hizo una pausa.

—Sí, resulta poco agradable, pero nunca se debe dudar en la elección —continuó, tras unos instantes de silencio—. ¿Hombres o máquinas? ¿Hemos de someternos a un dilema absurdo? El hombre necesita de las máquinas, pero no debe convertirse en esclavo de ellas, sino en su amo y señor, dominándolas de tal como que no lleguen a sublevarse algún día. La dependencia absoluta de las máquinas puede conducir a la catástrofe, como, seguramente, ocurrió aquí hace muchísimos años.

Meneó la cabeza.

—Estos robots son de clase inferior. Ni siquiera huyeron al ver el fuego o, por lo menos, no lo hicieron con la debida rapidez —murmuró—. Por otra parte, la civilización robótica de este planeta resulta incompleta. Mira, Laura, tienen camiones para cargar chatarra, pero no se les ha ocurrido utilizarlos para perseguirnos. Y, ¿qué especie de robots son que, teniendo conocimientos suficientes para ello, no han sabido construir siquiera un aeroplano, aunque fuese uno de los anticuados, modelos de principios del siglo XX? ¿Te imaginas la utilidad que hubiese representado para ellos disponer de un avión?

—Sí, resulta extraño —concordó Laura—. Realmente, estos robots son unas máquinas maravillosas, pero imperfectas. No acabo de entender lo que ha podido ocurrirles para actuar de una forma tan disparatada.

—A su manera, actúan como los componentes de las tres expediciones anteriores: rutinariamente.

—Pero, con el tiempo, la rutina, sobre todo si las circunstancias apremian, acaba por abandonarse, y se conciben nuevos métodos de acción.

—Esperemos que el Director Máximo y su consejo sigan actuando de la misma forma, durante algún tiempo. De todos modos, Laura, no se abandonan tan fácilmente las costumbres adquiridas durante mucho tiempo, y hasta heredadas durante generaciones enteras.

—Los robots no pueden heredar costumbres, John Joseph —criticó ella.

—A un robot se le insertan numerosos bancos de memoria, pero grabados según los conocimientos existentes hasta el momento. Si nadie les ha enseñado que una llanura cubierta de hierba agostada puede incendiarse, no es de esperar que reaccionen ante el fuego, al menos hasta que sea demasiado tarde. Podrán tener grabado en sus circuitos mnemotécnicos algo sobre una temperatura excesiva y, cuando la detectaron, dieron media vuelta, pero ya era tarde. Esos

robots tienen una inteligencia artificial, maravillosa, si se quiere, pero carecen de algo que es elemental en todo ser viviente, hombre o animal. —¿Qué es eso tan elemental? —preguntó Laura, llena de curiosidad.

—El instinto. Laura asintió.

—A mí, el instinto me impulsa a huir de un fuego —concordó.

—En cambio, un robot, al menos los de esta clase, ve llamas y no se aleja hasta que sus sensores de temperatura le advierten del peligro de un calor excesivo. Pero entonces ya es tarde.

—John Joseph, eres todo un tipo —exclamó ella, admirada—. Ahora estoy seguro de que volverás a la capital, con la misión concluida por el más rotundo éxito.

CAPÍTULO X

Aquella noche, después de cenar, en un punto muy alejado de la llanura donde había tenido efecto el encuentro con los robots, Belows dijo que, antes de ir a la ciudad de los robots, quería capturar otro «vivo».

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Necesito hacer una prueba que confirme lo que ya sabemos. Creo que debo cerciorarme de una manera absoluta, a fin de evitar fallos en el momento oportuno.

—Te resultará difícil capturar a un robot solitario —aseguró Laura.

—Veremos. Una de sus desventajas es el peso. Dejan unas huellas inconfundibles. Puedo dedicarme a buscar rastros.

—Como los exploradores de la antigüedad. —Exactamente.

—John Joseph, dime, ¿qué te ha hecho ser tan distinto a los demás?

Belows sonrió ligeramente.

—Aunque no lo creas, soy un tipo común y corriente, sólo que, en ocasiones, me siento algo hereje. Pero ya conoces los motivos: pese a que reconozca la utilidad de las máquinas, me niego a dejarme dominar por ellas, y no lo digo solamente por los robots khatorianos.

—He oído hablar que una vez aterrizaste en una isla desierta, sin un mal palillo de dientes encima. Era un lugar terriblemente peligroso y, no obstante, conseguiste salvarte, porque yo te habían dado por perdido. ¿Es cierto eso?

—Rigurosamente verídico. Y utilizaba una máquina, y me falló en un momento muy inoportuno. Por supuesto al saltar en paracaídas, llevaba un pequeño equipo, pero tuve la mala suerte de caer en un pantano. Tuve que deshacerme del mayor peso posible, para poder alcanzar tierra firme. Como había perdido el transmisor de radio, me dieron por muerto.

—Estuviste casi un año, como un náufrago...

—Hace algunos años, encontré un viejo manual de supervivencia. Nadie tos lee ya; esa clase de libros se consideran inútiles. Si lo conservaban, era meramente por guardar una curiosidad histórica. Pero yo aprendí muchísimas cosas que ya no se realizan, porque todas las hacen las máquinas. Y así supe hacer fuego sin fósforos, preparar trampas para cazar animales que me sirvieran de comida, afilar piedras, conchas y huesos para conseguir cuchillos y puntas de flecha, trenzar cuerdas... No, tuve tiempo de entretenerme, en Thax. Pero si no hubiera sentido curiosidad, si no hubiese leído aquel libro, ahora no estaría aquí... y tú habrías corrido la misma suerte que Betty Mulligan.

—Lo cual es una suerte para mí —sonrió la joven.

—Sí eso espero —contestó él—. Escucha, continuando con un tema que hemos dejado de lado, voy a decirte una cosa. Mañana iniciaré yo la exploración, en busca de rastros que me permitan capturar un robot. Tú te quedarás en este sitio, con los detectores conectados. Te dejaré el fusil: estarás más segura disponiendo de un arma de fuego. Si ves a un tigre, no le dispares, a menos que veas en él intenciones claramente hostiles. Te dejaré también un transmisor de radio, que tendrás conectado en todo momento, para captar mis llamadas, si es necesario.

—Me da miedo quedarme sola —declaró Laura.

—Tienes que acostumbrarte a enfrentar los riesgos. De todos modos, si

los detectores señalan presencia de robots, escapa, pero avísame del rumbo que tomas. ¿Entendido?

—Sí.

—Tienes agua y comida más que suficiente. No pasarás necesidades, aunque puede que te aburras un poco. Pero, a menos que aparezcan los robots, no te muevas de aquí en absoluto. En todo caso, si ves algún tigre y crees que no podrás acertarle, la cabina se hace estanca automáticamente; ya te enseñaré los controles.

—De acuerdo, pero si me quedo con el rifle, ¿que armas vas a llevar tú?

—Aparte de una cantimplora con agua y algo de comida, sólo, necesitaré una cuerda y mi cuchillo de caza —contestó Belows resueltamente.

* * *

Tres días más tarde, cuando los nervios de Laura estaban a punto de saltar, debido a la tensión nerviosa producida por la espera, llegó al fin la ansiada llamada:

—Ven, Laura.

—¿Estás bien? —preguntó ella ansiosamente.

El altavoz emitió una alegre carcajada.

—Perfectamente, guapa. Toma rumbo E.N.E., cuarenta grados. Estoy a sólo treinta y cinco kilómetros, aproximadamente. Ten cuidado, en esta parte, el terreno es un tanto accidentado.

—Conforme. John Joseph. Iré en seguida y... Dime, ¿has conseguido algo?

—Tengo un pajarito en la jaula —contestó Belows, con inconfundible acento de satisfacción.

Dos horas más tarde, Laura avistó un pequeño valle, abundante en vegetación, por cuyo centro corría un riachuelo de abundante caudal. Un grito llegó a sus oídos:

—¡Por aquí, Laura!

Ella orientó el coche. Dio la vuelta a un espeso grupo de árboles, y entonces vio una escena que le pareció irreal.

Había un robot colgado del cuello, absolutamente inmóvil, con los pies a un palmo del suelo. La cuerda estaba atada a una larga y gruesa rama inclinada, que pasaba por el centro de la horquilla de un árbol. En el otro extremo de la rama había un contrapeso, hecho con una gruesa piedra atada con fibras.

Laura saltó al suelo, y contempló al robot durante unos segundos.

—Parece un ahorcado, como salen en las películas de época —dijo al cabo.

—Sí, lo parece, pero no es un ser humano —respondió Belows.

—Y no se mueve —observó la joven.

—Los circuitos de memoria de un robot le dicen que sus pies han de estar constantemente en contacto con el suelo. En cuanto éste perdió el contacto con la tierra, sus circuitos se detuvieron, al no encontrar la respuesta adecuada para una situación que le resultaba absolutamente desconocida.

—Bueno, eres un tipo que cada día depara una nueva sorpresa. Pero, ¿cómo lo atrapaste?

—Ya te dije que iba a rastrear pisadas de robot. Encontré algunas, y puede deducir el sentido de su marcha. Entonces, volví a este lugar, que me había parecido el más apropiado, y preparé la trampa.. Luego fui al encuentro del robot.

—Y te hiciste visible para que te siguiera.

—Exacto, nena.

—Pero, estaría armado...

—Oh —contestó él, a la vez que hacía un gesto con la mano—. Cuatrocientos robots, con cuatrocientos fusiles, son un peligro realmente grave. Uno solo no es nada; aunque me disparó hasta agotar sus municiones, lo cierto es que no dio una en el blanco, ni por casualidad. El único miedo que sentía era que apuntase en dirección opuesta; quizá entonces sí me hubiese alcanzado.

Laura rió de buena garfa, al oír aquellas palabras.

—Y lo atrajiste a la trampa…

—Cayó como un gorrioncillo. Lo único que tuve que hacer fue echarle la cuerda al cuello. Tenía todo preparado ya, y el contrapeso lo elevó en el aire. Entonces se paralizó absolutamente.

—Pero si encontraste a este robot, y disparó muchos tiros, otros, quizá, puedan estar por las inmediaciones.

—No lo creo. De todos modos, yo voy a sacar ahora las herramientas, y empezaré a trabajar. ¿Estás cansada?

—No.

—Entonces, mientras yo trabajo, tú darás vueltas con el coche, a unos mil metros de distancia, con los detectores en funcionamiento. No te ocupes de los animales: si se trata de un ser humano, el radioelectroencelógrafo te lo indicará en el acto, y entonces me avisas para ir a socorrerle. Pero si hay robots, los detectarás a una distancia de diez a quince kilómetros. Toma nota de la dilección en que se encuentran, y avísame por radio inmediatamente. ¿Enterada?

—De acuerdo, John Joseph.

Eran las diez de la mañana. A las cuatro de la tarde, Laura oyó de nuevo la voz del joven;

—Regresa.

—Sí. ¿Alguna noticia?

—Confirmada mi hipótesis.

—Es maravilloso, John Joseph. Oye, no he captado señales de robots, en ningún momento.

—Dejaremos el coche en un sitio elevado, pero cerca de nosotros. Así podremos descansar un par de días, antes de iniciar la etapa final.

—De acuerdo.

Cuando llegó, Laura vio que el robot estaba en pie, bajo la rama de la cual había colgado hasta entonces. Belows se adelantó para ayudarla a apearse.

Luego, sonriendo, extendió la mano:

—Señora, haga usted misma la prueba —invitó.

Laura dudó un momento. Luego dijo algo.

Estuvo hablando casi un minuto. Al terminar, maravillada, juntó las manos.

—¡Lo has conseguido, «Tigre»!

—Tenía que ser así —respondió él—. Bien, como dije antes, vamos a descansar aquí un par de días. Es un lugar estupendo, seguro… y yo me siento fatigado.

—Buscaré leña y encenderé una hoguera para preparar la cena. Oye, ¿no podrás intentar pescar algo?

—Mañana. Hoy prefiero contentarme con los víveres de la reserva.

—Como quieras.

* * *

La corriente era apenas perceptible, en aquel punto. Belows nadaba muy suavemente, lo justo para mantenerse a flote. La frescura del líquido relajaba y tonificaba considerablemente sus músculos. De repente, sintió que algo aferraba uno de sus tobillos, y hacía sumergirse en el agua.

Sorprendido, tragó un poco de líquido y pataleó para volver a la superficie. Al emerger, oyó una alegre carcajada.

—Te he sorprendido, «Tigre» —exclamó Laura, a pocos pasos de distancia.

Belows sonrió. Laura se apartaba con la mano el cabello que tapaba parcialmente su visión. De pronto, dio media vuelta y empezó a nadar con brío.

—¡Vamos, «Tigre»! —le desafió.

Belows sonrió. Laura continuó nadando.

Al cabo de unos momentos, se volvió.

Sintióse preocupada. El joven había desaparecido.

En aquel punto, podía hacer pie, y se detuvo. El agua le llegaba hasta el cuello. De Belows no había e! menor rastro.

Súbitamente, sintió unos fuertes brazos en torno a su cuerpo. Antes de que pudiera hacer nada, notó que era levantada en peso.

—¡Traidor! —gritó.

Belows se echó a reír.

—Yo también sé nadar bajo el agua —dijo, a la vez que caminaba hacia la orilla.

—John Joseph, no llevo ropa…

—Lo sé.

—Me da miedo.

—¿De veras?

Ya estaban fuera del agua. Belows la condujo hasta un lugar sombreado, y la depositó sobre la hierba. Luego se tendió a su lado.

—Laura.

Ella no contestó. Tenía los ojos vueltos hacia el joven Sus senos, sobre los que aún resbalaban gotas de agua, se movían vivamente por la respiración más rápida de lo normal.

Belows se volvió un poco y la abrazó. Laura cerró los ojos. Entreabrió los labios.

El contacto de los labios masculinos la hizo estremecerse, de la cabeza a los pies. Elevó los brazos y correspondió apasionadamente a los besos, a las caricias, dejándose envolver en una abrasadora ola de pasión que la sumergió en un mundo irreal, alejado por completo de la dureza del ambiente que los envolvía. En el momento del éxtasis supremo, un gemido de placer infinito brotó inconscientemente de sus labios, expresión de la felicidad en que se sentía hundida por completo.

Mucho más tarde, invadida por una deliciosa languidez, todavía

tendida junto al joven, apoyó la cabeza en su hombro, mientras sentía en su seno derecho la confortadora presión de la mano de Belows.

—No cabe duda, eres un tigre auténtico —dijo—. Me siento devorada…

—Exageras. Sólo soy un hombre como los demás.

—Eso es algo que no deseo discutir, por el momento. Me conformo con saber que eres tú y cómo eres.

—Un hombre, repito. Pero no una máquina. Aunque…

Belows se interrumpió. Laura volvió un poco la cabeza para mirarle.

—¿Qué ibas a decir? Continúa, por favor.

—Estaba pensando en Napoli y en Betty —dijo él.

—Tuvieron mala suerte, eso es todo.

—Sí, pero, ¿por qué tuvieron que extirparles *precisamente* esos órganos y no otros?

—«Tigre», no le des más vueltas. Lo sabremos cuando hablemos con Dirmax.

—Ah, estás decidida a seguirme.

—Absolutamente. Pero —Laura sonrió—, también hablaste de descansar aquí un par de días.

—Muy cierto. Nos conviene a los dos. Sobre todo, después de… lo que ha pasado.

—Eso no será lo que se llama un descanso absoluto —dijo ella, maliciosamente.

—¿Lo crees así? Estos dos días, olvidaremos por completo nuestros problemas y, a fin «te cuentas, también la mente necesita descanso. O así me lo parece.

Laura suspiró profundamente.

—-Sí tienes razón —murmuró. De pronto, se volvió por completo hacia él, y le dirigió una intensa mirada—. ¿«Tigre»?

—Dime, preciosa.

—¡ Devórame otra vez!

CAPÍTULO XI

Habían montado la tienda, a fin de sentirse más cómodos. Dos días después, Belows se levantó muy temprano por la mañana, a fin de darse un baño en el río, antes de empezar los preparativos de la marcha. Levantó la tela que cubría la entrada, salió fuera y, en el acto, se quedó convertido en una estatua.

Parados frente a él, inmóviles como estatuas, había al menos veinte robots, todos ellos armados con sendos fusiles, que mantenían en posición. Los robots permanecían silenciosos, amenazadores, dando la sensación de que estaban dispuestos a disparar, al hacer el menor gesto ofensivo del humano.

Belows volvió la vista. La tienda estaba completamente rodeada. No había menor posibilidad de escapatoria.

—Laura —llamó.

—¿Sí, querido? —contestó ella, desde el interior de la lona.

—No te asustes. Sal con calma. Estamos prisioneros.

Laura emitió un pequeño grito de terror. Despeinada, a medio vestir, salió fuera de la tienda y contempló, espantada, el círculo de hombres mecánicos que los rodeaban.

—John Joseph, ¿qué ha pasado aquí?—preguntó.

Bruscamente, un robot adelantó unos pasos, y se situó frente a la pareja.

—Ha pasado que, tras largos experimentos, hemos conseguido hallar Ja longitud de onda de su detector y, por tanto, hemos conseguido no sólo inutilizarlo, sino localizar la posición de ustedes —manifestó.

Belows contempló un instante al robot. Era el único que llevaba más

ropa que un simple taparrabos. Vestía una camisa cerrada de cuello, de manga corta, y pantalones ajustados, con botas de media caña. En el lado izquierdo de su pecho se veía una insignia circular, de metal, con una inscripción en letras doradas, sobre fondo azul fuerte.

—Permítanme —dijo el robot—. Soy Dirsec, abreviatura de Director Segundo, que es el puesto que ocupo en el Consejo Máximo de nuestro mundo robótico. Hablo, supongo, con dos humanos llamados John Joseph Belows y Laura Taylor, sexos masculino y femenino respectivamente.

—Sí, somos nosotros —admitió el joven—, De modo que consiguieron interferir el detector.

—En efecto, así es.

—Eso significa que empiezan a salirse de la rutina —sonrió Belows—. Por fin, han decidido abandonar métodos anticuados.

—Teníamos en el olvido algunos circuitos de memoria. Decidimos reactivarlos. La vida demasiado apacible provoca, inevitablemente, el abandono, la desidia y la rutina.

—Sí, pasa en todas partes Dirsec, dígame, ¿qué piensan hacer con nosotros? ¿Van a ejecutarnos sobre el terreno?

—Oh, no, en absoluto; los seres humanos son demasiado preciosos para nosotros. Les necesitamos, créame.

—Para sus experimentos, supongo.

—Ah, sabe algo…

—Por ahora, lo sospecho.

—Tengo la impresión de que me encuentro entre un humano excepcionalmente listo. Por primera vez, siento envidia de no ser también un hombre —declaró Dirsec.

—Gracias, amigo. ¿Puedo hacerle una observación?

—Adelante.

—Temo que entre esos circuitos no usados durante tiempo y rescatados ahora, no se encuentre el de la sonrisa. Resultaría usted más simpático si pudiera sonreír, Dirsec.

—Tendré en cuenta su observación, capitán. —Dirsec movió una mano —: Por favor, capitán, señorita… Ah, antes de que se me olvide, quiero darles seguridades sobre sus personas. Nadie les causará el menor daño.

—Por ahora, Dirsec.

—Por ahora —confirmó el robot.

Laura se estremeció. Aquellas palabras eran harto significativas. Era fácil imaginarse la suerte que les esperaba.

Como había dicho Belows, en cierta ocasión, era preferible morir a sufrir una operación quirúrgica tan horripilante.

* * *

¿Era aquello una ciudad?, se preguntó Belows, mientras el camión en que viajaban atravesaba un camino de pavimento liso, aunque no asfaltado. Esta vez, por lo menos, los robots habían tenido la suficiente lucidez para desplazarse en vehículos, en lugar de emprender interminables exploraciones a pie.

Los edificios eran todos idénticos, como fabricados con el mismo molde, de bloques de cemento, con un solo hueco, la puerta. Dentro habría lámparas, supuso. Un robot no necesitaba más que luz, en ocasiones, ni eso; no necesitaba aire, sol, ventilación y luz del día. Aunque había visto a uno de ellos atravesar un río caminando bajo las aguas, los edificios, supuso, constituían suficiente protección contra los agentes atmosféricos que, a la larga, podrían causar daños en el material de que estaban construidas aquellas máquinas, con apariencia humana.

Un edificio, sin embargo, destacaba sobre todos los demás. Era el único que tenía ventanas y constaba de dos plantas. Se hallaba situado sobre una pequeña eminencia, de tal modo que dominaba al conjunto de las restantes edificaciones.

Más allá de la ciudad, Belows divisó una enorme serie de construcciones con aspecto de fábricas y fundiciones que, supuso, debían de estar en funcionamiento veinticuatro horas del día. Habría también minas, tal vez un ferrocarril para el transporte de las materias

primas, laboratorios y análisis... Lo que tenía a la vista, era, sin duda, capital de aquel mundo habitado solamente por robots.

Sus guardianes les condujeron al edificio situado en lo alto de la colina. A los pocos momentos, se detuvieron ante una puerta situada en la planta baja.

—Ahí deberán esperar —indicó Dirsec—. Por supuesto, se les servirá de comer y de beber. Nosotros —añadió con aire de superioridad—, no tenemos esas debilidades.

—Sí, con un plato de voltios, bien adobaditos con aceite mineral, tienen más que suficiente —contestó Belows, con sorna.

A ambos lados de la puerta había dos centinelas, armados con sendos fusiles. Dirsec hizo una seña, y uno de los guardianes abrió la puerta.

—Entren —ordenó.

Belows agarró la mano de la joven. Laura lanzó un grito de asombro, al cruzar el umbral.

—¡Señor Van Drijn!

—Laura —exclamó el comerciante.

Había más hombres en aquella estancia, someramente amueblada. La mayoría, aunque sorprendidos por la llegada de la pareja, parecían muy deprimidos.

—Belows viene también con" usted, Laura —dijo Van Drijn.

—Me encontró, cuando estaba perdida, y me salvó la vida —explicó la muchacha—. Hallamos a Katkharian, pero murió, atacado por una planta-vampiro. También encontramos los cadáveres de Napoli y Betty.

—Se llevaron a Blake y a Dina Hann. No hemos vuelto a verlos.

Laura se volvió hacia Belows.

—Dina Hann era la encargada de los víveres, y la única mujer que quedaba —dijo.

—¿Hace mucho? —preguntó Belows.

—Un par de semanas. No sabemos qué ha sido de ellos —respondió

Van Drijn—. Capitán, usted es inteligente. Sáquenos de este apuro, y le cubriré de oro...

Belows miró con desprecio al individuo.

—Usted ha sido siempre de la clase de tipos que creyeron que el dinero lo puede todo —dijo—. Aquí, en Khator, si hay algo superfluo, es la palabra dinero.

—Le pagaré a la vuelta...

—Trataré de salvarles, ya se lo dije a Laura. Pero no crea que por eso va a salir mejor librado. Tendrá que responder de muchas acusaciones, Sixtus.

Van Drijn se

engalló.

—Tengo amigos, capitán.

—Sus amigos acabarán también en la cárcel. Ha violado usted demasiadas leyes, y ellos le han ayudado tanto, que esta vez no podrán escapar. Sobre todo, cuando se sepa que ya había empezado a demarcar propiedades en un planeta todavía no abierto a la colonización.

La cara de Van Drijn se puso roja como un tomate.

—No podrá demostrar nada, capitán.

—Creo que sí —dijo Laura súbitamente.

—¿Cómo? ¿Será capaz de servir de testigo contra mí, usted, la hija de mí socio?

Laura sonreía imperceptiblemente.

—Fue una asociación ficticia. Ahora ya puedo decirlo: soy comisionado especial del gobierno, para investigar sus actividades. Cuando me llamen a declarar, afirmaré que ya había iniciado la demarcación de propiedades, como acaba de decir el señor Belows. Le oí demasiadas veces sus propósitos de tener marcadas inmensas extensiones de terreno, que luego reclamaría como propias. Si le daban tiempo, medio planeta sería suyo, y podría vender comarcas enteras, al precio que le diera la gana.

Los ojos de la joven recorrieron los rostros de los tripulantes de la «Astraea», que escuchaban el diálogo con infinita atención.

—Y estos hombres, cómplices suyos, para atenuar su pena, declararán también contra usted. —Implacable, Laura prosiguió—. Usted, Sixtus, que es un cobarde, procurará que le rebajen la pena, delatando a sus cómplices en las altas esferas. Se producirá un escándalo de tremenda magnitud y, créame, terminará pidiendo limosna por las esquinas.

Van Drijn pareció volverse loco, y se abalanzó sobre la muchacha, pero Belows, más rápido, se interpuso oportunamente, y lo rechazó con dos golpes sucesivos, que derribaron al inmoral sujeto con los pies por alto.

—No se le ocurra intentar siquiera tocar a esa mujero le romperé catorce huesos, en lugar de los siete que le rompí hace algunos meses —dijo coléricamente.

Van Drijn se frotó la mandíbula. Dirigió una mirada rencorosa al joven, pero no se atrevió a pronunciar una sola palabra.

Belows se volvió hacia la joven.

—Nunca me imaginé que fueras un funcionario del gobierno —sonrió.

—Mi padre, en efecto, es comerciante, pero yo no trabajo con él, sino que estoy empleado en la División de Información Planetaria. Mi jefe, amigo de la familia, me propuso el plan y acepté, de acuerdo con mi padre, naturalmente.

—Ya tengo ganas de conocer al señor Taylor —sonrió Belows.

—Todo llegará, «Tigre».

De pronto, uno de los tripulantes se acercó a Belows.

—Capitán, si nos saca de aquí, haremos todo lo que usted nos ordene. Estamos dispuestos a apoderarnos de unos cuantos fusiles…

—No servirían de nada, sin una astronave, y la «Astraea» ha sido desguazada. De todas formas, gracias, muchacho, aunque debe saber que tengo otros planes, que no necesitarán, espero, el empleo de la violencia.

—Deben creer al capitán —intervino Laura—. Dice la verdad, y yo tengo motivos para saber que es así.

—Bueno, las cosas empiezan a mejorar —respiró el hombre—. La verdad, llevamos aquí semanas enteras, sin saber qué va a ser de nosotros, sin saber qué ha sido del capitán Blake y de la señora Hann...

—Es mejor que no lo sepan, al menos por ahora. Es... tan terrible, que pone los pelos de punta, sólo de pensar en ello.

Belows no tuvo tiempo de seguir hablando. La puerta volvió a abrirse, y Dirsec apareció en el umbral.

CAPÍTULO XII

—Belows, Laura, salgan —ordenó el robot.

Los dos jóvenes dieron unos pasos hacia adelante.

—¿Puedo saber adónde nos llevan? —preguntó.

—Al laboratorio, en donde les van a realizar unos análisis orgánicos.

Laura se tapó la boca, para no gritar de pánico. Belows no dijo nada.

Simplemente, se limitó a mirar fijamente al robot.

—Llévanos a presencia del Director Máximo —dijo.

— Sí, señor —contestó Dirsec.

—Te seguimos.

—Sí, señor.

Laura se sentía atónita. Sonriendo en silencio, Belows agarró su mano. El contacto hizo que Laura empezase a dar de lado sus aprensiones.

Dirsec caminaba delante de ellos. Entraron en el edificio, atravesaron un zaguán, en el que había unos cuantos robots armados, completamente inmóviles, y ascendieron por una escalera al primer piso. Dirsec se detuvo ante una puerta y la abrió.

—Señor, aquí están los últimos prisioneros —anunció.

Había un robot al fondo, situado tras una mesa. Sus ojos artificiales, en realidad los objetivos de dos diminutas cámaras que enviaban imágenes visuales a los circuitos correspondientes, escrutaron con interés a la pareja de humanos.

—Creí haber dado orden de que los condujeran al laboratorio de análisis —dijo, al fin.

—Dirmax, pienso que unos minutos de conversación no estorbarán y, por el contrario, fomentarán el conocimiento mutuo —exclamó el joven, con desenvoltura—. Estamos desarmados, y nuestras intenciones carecen de hostilidad. ¿No sientes deseos de hablar un rato con unos humanos?

—Puede que tengas razón —convino el robot—. Dirsec, te llamaré cuando haya terminado. Las órdenes sobre estos dos humanos siguen en vigor.

—Sí, señor.

Dirsec cerré) la puerta. Laura tenía lodos los nervios en tensión. ¿Qué iba a salir de aquella entrevista?, se preguntó.

Dirmax abandonó su mesa. Era un robot absolutamente idéntico a todos los demás, salvo por la vestimenta, en la que lucían las insignias de su rango máximo. Un tiranuelo mecánico, pensó Belows.

—A decir verdad, tenía interés en conocer a los dos humanos que han conseguido burlar a mis subordinados durante tanto tiempo—dijo—. No cabe la menor duda, algunos humanos son muy inteligentes.

Belows hizo una ligera inclinación.

—Gracias por el elogio. Tú no lo debes ser menos, cuando has llegado al puesto que ostentas actualmente. ¿Eres, acaso, «descendiente» de uno de los doce robots que llegaron aquí hace trescientos años?

—Soy uno de ellos, aunque, naturalmente, con gran cantidad de piezas y circuitos sustituidos por el desgaste natural, a lo largo de los años: En realidad, puede decirse que soy el único superviviente.

—Y has almacenado los conocimientos de todos.

—¿Puedes ponerlo en duda?

—Oh, no, en absoluto. Supongo que trescientos años dan mucho de sí para construir nuevos robots, idénticos a los primitivos, aunque mejorados en muchos aspectos.

—Eso es lo que empecé a hacer, a los pocos años de mi llegada a Khator —respondió Dirmax—. Bueno, empezamos todos los robots…

—Porque va habían muerto los humanos.

—Sí.

—¿Qué les pasó a aquellos desgraciados? ¿Una sublevación de robots?

—Oh, no. Aunque parezca mentira, perecieron en una catástrofe natural.

—¿Una erupción volcánica? ¿Un terremoto? —intervino Laura, muy interesada en el diálogo.

—Una inundación repentina. El campamento estaba mal emplazado, y la riada se los llevó a todos.

—Vosotros, sin embargo, os salvasteis —dijo Belows.

—Éramos más pesados y resistentes, aparte de que algunos no estábamos en el campamento en aquellos momentos. Trabajábamos día y noche, y nos encontrábamos en lugar seguro. Cuando pasó todo, rescatamos a los robots arrastrados por las aguas. De los humanos, ya no volvimos a saber más. Hay un océano a pocos kilómetros, y suponemos que la inundación los llevó hasta el mar.

—Un caso de mala suerte, evidentemente. Sin embargo, empiezo a sospechar que, en los últimos tiempos, empiezas a sentirte insatisfecho.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dirmax.

—Encontramos los cadáveres de dos humanos a los que faltaban sus órganos genitales.

* * *

Dirmax empezó a pasearse por la estancia, como si fuese una persona.

—Tenemos casi todo lo que tienen los humanos y, en algunos aspectos, somos infinitamente mejores y más duraderos. Pero carecemos de sensibilidad, al menos en ciertos extremos —extendió las manos—. Mirad, mis investigadores han conseguido fabricar ya circuitos microscópicos, que me han conferido la sensación del tacto. Ahora puedo saber si una superficie es lisa o arrugada, áspera o suave...

Se paró, de pronto, y miró a los dos jóvenes.

—Pero necesitamos algo más, y hay ciertas cosas que no se pueden conseguir en un laboratorio, ni resultan, aunque se consiguieran fabricar, idénticas a las naturales.

—Y por eso ideaste los trasplantes de órganos sexuales. Tus subordinados fabricarán robots con figura de mujer, se implantarán también circuitos de sensación táctil...

—Lo has adivinado. —Dirmax meneó la cabeza pesarosamente—. Pero, hasta el momento, todos los intentos han fracasado. Algo falla, aunque, como es lógico, tenemos tiempo de sobra para realizar experimentos, una y otra vez.

—Pero ahora no tienes más que dos parejas... Por cierto, ¿qué ha sido de los últimos, Blake y Dina Hann?

—Fallecieron durante la operación.

Laura se estremeció. Aquel robot, pensó, era un monstruo de maldad. Deseó haber tenido una pistola fundente a mano; en un segundo, lo habría convertido en un charco dé metal.

—Y nosotros vamos a seguir a Blake y Dina —dijo Belows calmosamente.

—Sí. Quizá tengáis suerte, y podáis sobrevivir. A fin de cuentas, mis cirujanos van adquiriendo experiencia.

—Sí, claro, un día u otro acertarán —dijo Belows sarcásticamente—. ¿Qué pasa si fallan con nosotros?

—Estamos construyendo astronaves propias, con los motores que hemos conseguido de las vuestras. Cada vez que aterrizaba una nave, interferíamos sus comunicaciones.

Belows pensó que Dirmax tenía razón. También habría interferido su

radio… si la hubiera usado. No obstante, la precaución de haber enviado la nave al espacio por control remoto, les permitiría el regreso sin inconvenientes.

—Y con vuestras naves, os dedicaréis a capturar prisioneros humanos adivinó.

—Exactamente.

—Dirmax, la expedición que te trajo aquí llegó en una nave. ¿Qué pasó con la «Rosa Craig»?

—Emplearon sus motores para generadores de luz y fuerza. Un día, alguien se descuidó, y los motores se quemaron. Ya no se pudieron reparar.

—Y luego, los humanos murieron…

—Y quedamos los robots, como dueños y señores de este planeta —declaró Dirmax orgullosamente.

—Sí, aunque lo mejor sería pronunciar esa frase en singular. Tú eres el dueño y señor de Khator. ¿Me equivoco?

—Aciertas, capitán. Pero también soy el robot con más inteligencia de todos los que existen. —Por todo lo cual, te has permitido crear, a imagen y semejanza de los humanos, distintas castas de robots; gobernadores, soldados, simples trabajadores… Pero has estado aislado trescientos años del mundo exterior…

—Ese aislamiento ha resultado altamente fructífero. ¿Es que no sabes verlo?

—Creo que estás equivocado —dijo Belows, sin perder la flema—. En primer lugar, no has podido conocer los últimos adelantos en la ciencia robótica. De lo contrario, tus robots, como los actuales, dispondrían de emisora-receptora de radio interna, como la tienen los actuales.

—Buena idea. Tomo nota para hacer que estudien el tema mis expertos. Sigue, sigue, esto se pone interesantísimo.

—Segundo, no has construido vehículos aéreos…

—No era necesario. Por ahora, nos movemos en un espacio de dimensiones relativamente reducidas. Cuando aumente nuestro

número, ya construiremos aviones,

—Bien, ya sólo falta el punto más importante de todos.

—¿Puedo saber cuál es? —preguntó Dirmax, con inusitada cortesía.

—Antes de contestar, quiero que sepas una cosa —dijo Belows—. Por supuesto, no tuviste la menor culpa en la muerte de los humanos con los que llegaste a Khator, pero al quedar solamente los robots, se inició un período de aislamiento, que ha durado tres siglos. Naturalmente, con el tiempo, se ha producido la interrelación de ideas en tus circuitos y bancos de memoria, y has recordado lo que, seguramente y en más de una ocasión, escuchaste a aquellos humanos sobre historia y política. Es posible, incluso, que hayas leído libros sobre el particular.

—Había unos cuantos en la biblioteca de la nave, en efecto —admitió Dirmax.

—Eso quiere decir que fuiste el único al que se le ocurrió la idea de tomar el mando y gobernar un mundo exclusivamente compuesto por robots. Pero al fabricar más robots, lo hiciste copiando exactamente vuestro modelo.

—No es tan malo, supongo.

—El aislamiento os ha perjudicado —insistió—. De otro modo, habrías adquirido más ideas nuevas, y tu comportamiento habría dado mejores frutos.

—Es suficiente con lo que he conseguido, y con lo que espero conseguir —declaró Dirmax altivamente—. Sólo nos falta una cosa...

—Sí, el placer sexual artificial. —De pronto, Belows enseñó algo, que sostenía con el índice y el pulgar de la mano derecha—. Dime, ¿sabes qué es esto?

Dirmax sonrió desdeñosamente.

—El circuito de conexión general. Sin él, un robot queda paralizado —contestó—. Yo también tengo uno, absolutamente idéntico a ése. Todos los circuitos que se fabrican son iguales, perfectamente intercambiables para cualquier robot.

—Exacto. Pero es que quizá ignoras que ese circuito tiene grabadas unas determinadas instrucciones.

—¿Cuáles son? —preguntó Dirmax.

Hubo un instante de silencio. Luego, Belows sacó el, Decho v exclamó:

—¡Eres un robot y yo, un humano! ¡Tu deber es obedecer absolutamente todas mis órdenes!

Dirmax se puso rígido y contestó:

—Sí, señor.

En aquel preciso instante, sonaron algunos disparos en el exterior.

* * *

Belows se precipitó hacia la ventana. Al pie del edificio se veía un cuerpo humano tendido en el suelo, en un charco de sangre. Con gran asombro por su parte, Belows divisó también su propio coche, a pocos pasos de distancia.

Se preguntó quién habría disparado contra Van Drijn. Algún soldado robot, claro, pero, ¿por qué?

De momento, tenía otras cosas más importantes que hacer. Dejando a Laura junto a la ventana, volvió junto a Dirmax. que continuaba inmóvil.

—Ahí veo un micrófono—dijo—. ¿Tienes medios para emitir un aviso general?

—Sí, señor.

—Tómalo y repite lo que yo te vaya dictando.

—Sí, señor.

Belows dijo:

—Soy Dirmax. A todos los robots de Khator. A partir de este momento, debemos obediencia y respeto absoluto a todos los seres humanos. Nadie les causará el menor daño, y se acatarán sus órdenes en todo momento.

Dirmax repitió puntualmente aquellas frases. Al terminar, Belows se encaró nuevamente con el robot.

—A partir de este momento, olvidarás cuanto se relaciona con el trasplante de órganos sexuales. También darás órdenes de suspender cualquier experimento en dicho sentido. Tienes experiencia, y seguirás, por ahora, siendo el jefe de los robots, pero estarás directamente bajo mis órdenes. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

Laura estaba asombrada.' Aunque Belows había hecho ya experiencias sobre el particular, nunca acabó de creer del todo que el plan diera resultado. Pero los peligros habían concluido. Khator sería, al fin, un planeta habitable.

—Dirmax, que todo siga como hasta ahora, con plena normalidad —dijo Belows—. Ven, Laura.

Corrieron hacia la salida. Belows ordenó abrir la puerta del encierro, lo que hicieron los centinelas inmediatamente.

—Salgan, están libres —dijo a los tripulantes de la «Astraea»—. No tomen represalias contra los robots o les costará caro.

Una docena de individuos se precipitaron al exterior. Belows preguntó a uno de ellos qué había sucedido.

—Cuando nos trajeron la cena, Van Drijn vio su coche a través de la puerta, y trató de escapar, para apoderarse y llegar a su nave. Los centinelas hicieron fuego.

Belows meneó la cabeza.

—Tendrán que ocuparse de darle digna sepultura —dijo.

—Sí, señor —contestó el hombre—. Señor…

—Dígame, muchacho.

—¿Cómo ha conseguido dominar tan fácilmente a los robots?

Belows sonrió.

—Sólo son unas máquinas —contestó.

Se reunió con Laura, y le pasó una mano por la cintura.

—No cabe duda —dijo ella—. Mereces el apodo.

Belows se echó a reír.

—Aunque no lo creas, yo también pasé mucho miedo. Me preguntaba, una y otra vez, si Dirmax habría concebido la idea de modificar el circuito central, donde están grabadas indeleblemente las órdenes referentes a la obediencia y respeto debido a los humanos. Por fortuna, no fue así, y ello es debido, como dije, al aislamiento. Por muy perfecto que se creyera, en realidad, había degenerado y, con él, todos los robots- de Khator.

—Pero los anteriores exploradores, y también los que vinieron conmigo, murieron a manos de robots —alegó la joven.

—Bueno, la verdad es que todo el mundo llegaba aquí con aprensiones y temores. Eran atacados por unos robots, y se defendían, y perecían o eran capturados, pero a ninguno de ellos se les ocurrió que podían darles órdenes perfectamente, y paralizar cualquier ataque instantáneamente. Yo también pensé lo mismo, en un principio. Pero mis dudas se disiparon cuando hice el primer prisionero.

—Por eso Dirsec nos llevó a Dirmax, en lugar de conducirnos al laboratorio.

—Bastó ordenárselo, así de sencillo. Y si Van Drijn hubiera tenido dos dedos de frente...

—No ¡o hizo, pero tú debías haberle advertido de lo que sucedía —le reprochó ella.

—Lo siento, pero pensaba que lo más urgente era llegar hasta Dirmax. Un robot de su rango, debía de tener, a la fuerza, como así resultó, los medios suficientes para comunicarse con todos los demás. Yo no podía sospechar que unos robots trajesen mi coche hasta aquí, ni que Van Drijn intentase fugarse. No le habría servido de nada, por otra parte, ya que mi nave órbita en torno a Khator, y hasta que no la haga aterrizar, seguirá en el espacio.

—Tú tenías razón, en la metáfora del miembro anquilosado —murmuró Laura—. Ese miembro era el circuito de la obediencia.

—Que no había sido utilizado en trescientos años. Pero hasta los órganos anquilosados, con el ejercicio adecuado, pueden funcionar nuevamente, por poco interés que se ponga en ello.

—Bien, de acuerdo. ¿Qué haremos ahora, «Tigre»?

—Hay mucho que ver en este mundo de robots. Los tripulantes de la «Astraea» me ayudarán en las exploraciones. Les conviene, ya que no formularemos acusaciones contra ellos. Si le parece bien al comisionado secreto del gobierno terrestre.

—Me parece bien — respondió ella—. Pero yo me ¡efe-ría a nuestro problema particular.

—Oh, es bien sencillo. Si no tienes inconveniente, a la vuelta te convertirás en la señora Belows.

—La esposa del coronel Belows —sonrió Laura.

—Capitán, preciosa, no lo olvides.

Ella seguía sonriendo.

—Tengo autorización superior para devolverte tu rango, si considero que has cumplido tu misión satisfactoriamente. Como es así, vuelves a ser coronel.

Belows la estrechó en sus brazos.

—Prefiero seguir siendo un tigre —dijo ardientemente.

—Pero sólo conmigo, ¿eh?

—Sólo contigo, preciosa.

FIN